



EL
INQUILINO
DE LA
CHIMENEA

P. LORENZO CASTRO

P. LORENZO CASTRO

EL INQUILINO
DE LA
CHIMENE A

MEMORIAS DE LA GUERRA DEL 1936

PALENCIA 1 DE AGOSTO 1975



CAN CAMP

PROLOGO

Muchas veces me pasó por la mente escribir MIS MEMORIAS durante la guerra civil del 1936. Un día por unas razones, otro día por otras, nunca me determinaba. Lo hago hoy:

- Para que cuantos vengan detrás de nosotros conozcan todo lo que sucedió durante aquellos tres años en nuestra Patria.
- Para ver de cerca lo que fue, y será siempre el Comunismo ateo.
- Para vivir de tal forma, que evitemos por nuestra parte todo lo que pueda dar lugar a los eternos enemigos de Dios y de España, de ver en los religiosos y sacerdotes a sus enemigos y rivales; por el contrario, se convenzan de que los religiosos no desean otra cosa que el bien de la sociedad.
- Para que mis hermanos en Religión que abrazaron más tarde la librea Franciscana no ignoren este lapsus 1936-1939 de la historia de nuestra Orden.
- Para dar las gracias, más rendidas, cordiales y sinceras:
 - =al Señor. "quia non fuimus consumpti" en aquella pelea fratricida;
 - =al Sr. Isidro Durán y familiares por el inmenso favor de haberme recogido durante AÑO Y MEDIO entre las paredes de su casa; por no haber querido cobrar ni siquiera un céntimo por todos los gastos ocasionados; por el contrario, a esta gran generosidad, quiero añadir el gesto magnánimo de regalarme un HABITO para que pudiera volver a mi convento y emprender allí la vida regular;

=al matrimonio JOSE SALA Y JOSEFA ORRIOS, de Vich, porque también expusieron sus vidas por la mía, durante mi estancia en su domicilio durante SEIS MESES; =y a todos cuantos directa o indirectamente nos ayudaron a mis hermanos y a mi en aquellos días interminables, aciagos y tormentosos de nuestra confitienda.

Padre Lorenzo Ma Castro

O.Fr.M.Conv.

Sevilla 20-9-74

Í N D I C E

PRIMERA PARTE.....	ANTECEDENTES
SEGUNDA PARTE.....	SUERTE DIVERSA DE LOS RELIGIOSOS
CAPITULO PRIMERO.....	LOS QUE MURIERON
CAPITULO SEGUNDO.....	LOS QUE SE SALVARON
TERCERA PARTE.....	MI ODISEA PERSONAL
CAP. I	:Antes de la Cárcel
CAP. II	:En la Cárcel
CAP. III	:En la estación del norte de Granollers
CAP. IV	:En la Chimenea.
CAP. V	:En Barcelona
CAP. VI	:En la GARRIGA, SAMALUS, AMET- LLA, SANTA EULALIA
CAP. VII	:Nuevamente en Barcelona
CAP. VIII	:En Piedrafita.
CAP. IX	:En Vich.
CAP. X	:En Tarrasa.
CAP. XI	:Por tercera vez en Barcelona
CAP. XII	:En Moyá
CAP. XIII	:La retirada
CAP. XIV	:En GRANOLLERS
CAP. XV	:En el Convento.

A N T E C E D E N T E S

- I -

El Convento de Granollers, fue fundado en 1905. Desde esa fecha hasta 1936, los religiosos tuvieron que abandonar el Convento en varias ocasiones:

- 1909, con motivo de la semana Trágica en que quemaron un pequeño convento de nuestra Orden.
- 1931, 14 de Abril, con motivo de la proclamación de la República; los postulantes fueron a pasar la noche y el día a las Tres Torres de Llisá de Vall, el 12 de Mayo.
- El 6 de Octubre de 1934 con motivo de los sucesos de Asturias, si bien no durmieron fuera del Convento, si que pasaron algunas horas fuera.
- El 16 de Febrero de 1936 cuando las elecciones, en las que triunfaron las izquierdas en esta ocasión tampoco abandonaron el Convento todos los Religiosos, sólo unos pocos por motivos de Prudencia; entre ellos un servidor por orden del Superior, pasó la noche en casa del Señor Juliá: Can Diviu, en la carretera de Granollers a Caldas.
- EL 18 DE JULIO DE 1936

- II -

RELIGIOSOS EN EL CONVENTO DE GRANOLLERS

- Cuando comenzó la Guerra, el 18 de Julio de 1936 éramos en Granollers los siguientes Padres:

Superior: P. Pedro Rivera
P. Dionisio Vicente
P. Alfonso López

P. Antonio Vicente
 P. Gregorio Millán
 P. José Gómez
 P. Agustín Cisneros
 P. Lorenzo Castro
 P. Modesto Vegas

Hermanos:

Fray Pedro Melero
 " Buenaventura Gómez
 " Francisco Remón
 " Miguel Remón

Un Oblato: Angel Mazarrón

Un Novicio: " Pascual Coll

Postulantes: 12

- III -

COMO NOS ENTERAMOS DE LA GUERRA

El día 16, festividad de la Virgen del Carmen, mientras algunos religiosos tomábamos el fresco de la terraza, el P. Antonio Vicente que tenía unos auriculares, viene y nos dice que las fuerzas de Marruecos se habían sublevado.

Esto era un viernes.

- IV -

PREPARATIVOS PARA DEJAR EL CONVENTO

De momento ninguno de los religiosos pensó abandonar el Convento, porque no se sabía nada en concreto.

Unicamente, un servidor, como rector que era de los postulantes, fui encargado de buscar alojamiento para nuestros Seráficos en algunas familias amigas del convento, por si llegara el momento.

No recuerdo los nombres de todas esas buenas familias; solamente de algunas:

Familia Corbera de Granollers.
 Señora Dolores Prats
 Señora Bernet
 Familia Torruella
 Familia Puig de las Franquesas
 Señora Carmen Martí de las Franquesas. (Can Moni)

- V -

COMO PASAMOS EL DOMINGO 19 DE JULIO

Por la mañana celebramos las Misas en el Convento con toda normalidad.

El P. Gregorio Millán, fue a celebrar a Figaró, sin regresar ya al Convento.

Un servidor, ese día, fue a celebrar a la Farroquia de Granollers la Misa de 12; terminada la Misa, me dirijo al Convento, llevándome una gran sorpresa, al encontrarlo rodeado de milicianos o de la F.A.I., los cuales no me dijeron ni palabra.

Encuentro a los religiosos en el refectorio y les explico que el Convento está acordado por los revolucionarios.

Es de imaginar, que el susto fue grande y que todos dejaron de comer.

Un amigo del Convento, el Señor Font, Lampionista, nos pasa una radio para estar al corriente de todo.

Efectivamente, las emisoras de Barcelona y Madrid daban cuenta de la sublevación militar e invitaban al pueblo a armarse.

Hacia las tres de la tarde, la Radio de Barcelona, dijo unas calabras del General Godet, el cual deponía las armas y aconsejaba a los de más militares hicieran lo mismo.

El convento se convierte en un Enjambre:

¡qué haremos! ¡qué diremos! ¡qué piensan hacer con nosotros!

En el Camarín de la Iglesia había unas ventanas altas que daban a la calle Corró; la gente tomaba el fresco; algunos de nosotros, por aquellas ventanas nos enterábamos de lo que decían nuestros vecinos sobre la situación de España. Viendo que las cosas empeoraban, a eso de las cinco, vamos a la Iglesia, rezamos el Rosario y distribuimos las partículas sobrantes del Santísimo entre los Seráficos.

El Presidente de los Terciarios, Sr. Juliá viene al convento y dice que por los bares se corre la noticia de que esta noche van a quemar el Convento.

El P. Superior llama a un empleado del Banco Arnús y miran de salvar el pequeño capital de la Comunidad: unas 4.000 Rs.

Es cierto que ese buen amigo del Banco Arnús, debido a su participación en lo político, fue fusilado por los Nacionales al terminarse la contienda.

- VI -

COMO SALIMOS DEL CONVENTO

Hacia las 8, cenamos; terminada la cena, comienza el éxodo del Convento, la descampada general.

Creo recordar que los religiosos se distribuyeron así:

P. Dionisio Vicente: Hospital, pues estaba ciego y tenía ya casi ochenta años.

P. Alfonso López: Casa Comas, el carnicero del Convento, frente al garaje Baulenas.

P. Antonio Vicente: Sr. Avellana.

P. José Gómez: Señora Bertrán.

P. Pedro Rivera: Familia Corvera, Avda G.

P. Lorenzo Castro: Can Creus, una pequeña casa de campo, junto a la calle Gerona.

P. Agustín Cisneros: Sra. Anglada.

P. Mcsdesto Vegas: Sra Anglada.

Hno. Pedro Melero: casa Creux.

Hno. Buenaventura Remón: me parece que no salió del Convento esa noche.

Hno. Francisco Remón: Familia Palau, cerca de la estación del Norte.

Hno. Miguel Remón: Ignoro si salió del Convento.

Novicio fray Pascual Coll: Sra. Carmen Martí de las Franqueras.

Sobre los postulantes ya he dicho que un servidor pocas horas antes los había distribuido por distintas familias.

- VII -

¡QUE NOS LLEVAMOS DEL CONVENTO!

Un traje improvisado de sglar cada uno, que nos delataba desde lejos.

Ciento venticinco pesetas en monedas de duro que nos dio a cada uno, el entonces económico del Convento P. José Gómez.

- VIII -

COMO PASAMOS ESA PRIMERA NOCHE

Los unos mejor, los otros peor; dependía de la situación de cada familia.

Un servidor y el hermano Pedro, dormimos en unos bajos, muy grandes por cierto, de la casa, donde había muchos mosquitos, debido a la proximidad de la cuadra de las vacas.

- IX -

QUIENES REGRESARON AL DIA SIGUIENTE AL CONVENTO

Unicamente regresaron al día aiguiente para celebrar la Misa el P. Rivera y el P. Alfonso López.

El hermano Buenaventura ya dijimos que no había salido del Convento.

Terminada la Santa Misa, el P. Rivera cambió de domicilio y fue a hospedarse en casa de una familia: Can Sacamos, cerca del Convento, detrás de la harinera de la Marca.

El P. Alfonso López, también cambió de domicilio y se refugió en Llerona: Can Diego, con el hermano Miguel Remón y el hermano Buenaventura.

Antes de salir del Convento, el lunes por la mañana, día 20, el hermano Buenaventura, llegaron unos milicianos bien armados que hicieron unas preguntas a dicho hermano pero sin molestarle.

II PARTE
 SUERTE DE CADA UNO
 CAPITULO I
 LOS QUE MURIERON LOS PRIMEROS DIAS
 LOS MARTIRES

1º

PADRE DIONISIO VICENTE

Como dije anterieramente llevamos a dicho Padre al Hospital de Granollers, porque estaba ciego y porque era muy anciano.

En el Hospital pasa los primeros 4 ó 5 días sin que nadie le moleste.

Fasados esos 4 ó 5 primeros días, una tarde hacia las dos, se presentó un camión de milicia nos preguntando por dicho Padre.

El enfermero de entonces, Sr. Manuel, me ha contado varias veces, cómo él y las monjas Carmelitas intentaron salvarle; alegando que estaba ciego.

Los milicianos respondieron que ellos le iban a hacer una operación en la vista que le dejaría completamente curado.

Entre empujones y palabrotas y golpes de culata, lo hicieron subir al camión, lo llevaron por la carretera de Cardedeu, y en el bosque frente "Als tres Pins", lo asesinaron, hacia el 22-23 de julio; testigos oculares afirmaron, una vez terminada la guerra, que antes de morir pasó dos o tres horas dando gritos de auxilio, sin que ninguno pudiese socorrerle, debido al

pánico y terror reinante.

Como "Els tres Pins", pertenecía al término municipal de la Roca del Vallés, al día siguiente la funeraria lo llevó al cementerio de la Roca del Vallés donde descansan actualmente sus restos.

Nadie sospechaba en los primeros momentos que los Comunistas llegasen a tal horror de invadir los Hospitales y dar también la caza al hombre en esos recintos; pero ¡desgraciadamente así fue!.

Las religiosas debieron abandonar también inmediatamente el Hospital, pasadas las dos primeras semanas; diversamente hubiesen sido asesinadas.

Cosa curiosa, los Rojos ni se metieron, ni molestaron para nada a un sacerdote; Mosén Juan que estaba retirado en el Hospital en condición medio de enfermo, medio pensionista.

Toda la guerra la pasó en el Hospital, a pesar de que los Rojos sabían su condición de sacerdote.

Estando yo, escondido en casa Creus, quise ir el lunes por la mañana a confesarme con el P. Dionisio Vicente, al Hospital; pero tuve que desistir al ver ya el Hospital casi acordonado por los milicianos.

2º

PADRE ALFONSO LOPEZ

De este Padre se sabe muy poco,

Que el Domingo 19 de Julio por la tarde salió del Convento.

Que pasó la noche en casa del carnicero del Convento, Señor Comas.

Que el lunes por la mañana, celebró la Misa en el Convento.

Que desde el Convento, el mismo lunes por la mañana, se fue a Can Diego de llerona.

Que allí pasó ocho o diez días en compañía

de los hermanos Buenaventura y Miguel Remón.

Que unos milicianos de la F.A.I. entre ellos el Forcaire, el cual había sido su alumno, los fueron a buscar.

Que los llevaron a un campo del término Municipal de Samalús del Vallés.

Que allí los fusilaron a los tres: P. Alfonso y hermano Miguel el día tres de agosto.

Cayó con los muertos el hermano Buenaventura, pero como veremos después, pudo huir.

El P. Alfonso está enterrado en el Cementerio de la Garriga del Vallés.

32

PADRE MODESTO VEGAS

Salió del Convento el día 19 de julio por la noche y se refugió en casa de la Señora Dolores Anglada, Avda Generalísimo.

El día 27 de julio, ante la noticia de que iba a ser registrada dicha casa, parece ser que con su hermana Carmen Vega, que servía en condición de criada a la Señora Anglada, ante el ca-
riz que tomaban las cosas, abandonado dicho domi-
cilio, se dirijieron al Hospital, creyendo estar
más seguros allí; alegando además su enfermedad
de tuberculosis.

Al llegar al paso nivel de la antigua vía ferrea de la carretera de Cardedeu fueron descubiertos y reconocidos por los milicianos, debiendo a la imprudencia de unos niños.

Después de insultarlo groseramente, según me ha dicho su hermana, testigo ocular de la detención, en un auto, se lo llevaron por la carretera de Caldas y desviándose hacia la izquierda, lo asesinaron en un bosque que creo se llama Can Moncau.

Cuando un servidor, como más adelante diré, escapé por los bosques de las manos de los comunistas, acerté a pasar en mi fuga por los alre-

dedores donde yacía muerto e insepulto por espacio de dos o tres días dicho Padre. Yo no lo vi ni lo sabía; me lo dijeron después que pasó todo esto en la casa donde me refugíe.

Está enterrado en el Cementerio de Llisá de Munt, término municipal al que pertenecía el bosque donde fue asesinado, el 27 de julio, por la tarde.

4º PADRE RIVERA

Era el Superior de la Comunidad.

El día 19, por la noche, salimos juntos del Convento, dirigiéndose él en casa de la familia Corbera-Palau, Avda del Generalísimo.

El día siguiente, lunes 20, después de haber celebrado la Misa en el Convento, cambió el domicilio, dirigiéndose a Can Sacamas, detrás de la antigua vía férrea, y de la harinera de la Marca.

Allí pasó los cuatro primeros días, hasta que fue descubierto y conducido a la cárcel de Granollers el día 24 de julio, hacia las cuatro de la tarde.

En esa misma cárcel y el mismo día entramos detenidos y a merced de los de la F.A.I. un servidor y el hermano Pedro Melero, pues los militiamanos comunistas nos encontraron en la casa donde estábamos escondidos, y a eso de la una de la tarde nos metieron en chirona.

Los primeros en inaugurar esa cárcel fueron: el General Gay. Detenido el mismo día 18 de julio y fusilado en la estación del Norte. Lo acusaban de derechista y haber firmado la sentencia de muerte, en su condición de Capitán General de Zaragoza, contra los insurrectos de Jaca. García y Galán que quisieron proclamar la República, el 10 de diciembre de 1930.

El segundo, el Párroco de palau, Mosén Juan,

el cual fue puesto en libertad al día siguiente. El hermano Francisco Remón del cual hablaremos más tarde.

El día 25 por la mañana la cárcel estaba vacía, a eso de la una, entramos prisioneros el hermano Pedro Melero y un servidor.

Hacia las tres de la tarde, fueron traídos allá: Mosén Juliá, Vicario de Granollers y el Padre Jaime Castellort, Escolapio, que se había escondido en una casa junto a la carretera de la Roca. A las cinco oímos ruidos de llaves: era el Carcelero que abría las puertas del "Palacio" al Padre Rivera.

Media hora más tarde, Mosén Martí Funtas, Vicario de Llinás del Vallés, el cual se había refugiado en una casa de Falou: Can Rivas de la Serra.

Fue una sensación de alivio la que experimentamos el hermano Pedro y yo, ¡al vernos por la mañana tan solos y ahora tan bien acompañados!

El Padre Rivera permaneció en la Cárcel hasta el día 27 de julio, en que todos la abandonamos, cada uno con suerte distinta.

En la cárcel, recuerdo que me dio una lección de valentía y fe; pues diciéndole yo que las cosas se ponían mal; íbamos a morir, él me dijo que estaba preparado para todo y que si lo mataban, moriría gritando: ¡Viva Cristo Rey!.

El día 28 de julio, el Padre Rivera sale de la cárcel y se esconde en casa del Señor Juan Listuella, Calle de las traveseras, de Granollers. Era el albañil del Convento.

Ese mismo día salí yo de la cárcel, a las 3 de la tarde.

Como, tanto el Padre Rivera como yo, no conocíamos a nadie en Granollers, y la única familia que conocíamos era una familia de mi pueblo, en Barcelona, Calle Roger de Flor nº 19, antes

de despedirnos, quedamos que nos encontrariamos en Barcelona en dicha casa.

El Padre Rivera sabía la hora del tren que yo tenía que cojer para Barcelona. Con este motivo dijo al Señor Listuella que se acercase a la estación para ver lo que me sucedía.

Fue un pensamiento providencial pues el Señor Listuella me salvó de la muerte, como más adelante veremos.

Una vez que yo escapé de las manos de los Rojos, lo primero que hice fue mandar personalmente una carta al Padre Rivera por medio del Señor donde yo me escondí: Señor Isidro Durán de Canovellas.

El Padre Rivera me contestó otra carta, en la que me explicaba cómo estaban las cosas del Convento: Misas, dinero en los bancos y cuales eran sus intenciones al trasladarse a Barcelona.

Esta carta me la trajo personalmente el Señor Listuella a Can Camp.

Efectivamente, el Padre Rivera, hacia el 31 de julio, se fue a Barcelona y se hospedó en la calle Roger de Flor 19, de la cual he hablado.

Desde allí, por medio del Señor José Camps, hermano del Señor Isidro, me vuelve a escribir y me dice que está preparando un pasaporte para él y para mí, dirección Italia. Dicho pasaporte lo estaba gestionando el Señor Font, que había vivido en Granollers y conocía a nuestros religiosos. Padre del que después sería notario y alcalde de Granollers.

Pero desgraciadamente el Señor Font es asesinado y el Padre Rivera detenido por uno de tantos Comités de Barcelona: el Comité de la Teléfono.

Nada se sabe en concreto, ni cómo fue detenido, ni cómo asesinado.

Algunos dicen que lo llevaron a Moncada Bifurcación y, o lo tiraron vivo a un pozo donde

tiraban a muchos, o lo mataron y lo enterraron en el Cementerio de ese mismo pueblo. Otros afirman que lo asesinaron en la Robasada de Barcelona.

No falta quien afirma que su cuerpo, no saben si vivo o muerto, fue entregado como comida a una piara de cerdos que los de la F.A.I. habían instalado en el exconvento de las Clarisas de San Elias, junto a la calle Balmes.

La Señora Manuela Serra no está segura, pero cree haber visto su cadáver en el depósito de cadáveres del Clínico de Barcelona, donde llevaban a muchos, después de matarlos por las carreteras.

Las hermanas Lola y Manuela Serra, de Grano llers se destacaron mucho en estos momentos aciagos por ayudar al Padre Rivera, como lo hicieron con otros religiosos.

No sabemos con exactitud cuando murió el Padre Rivera, parece haber ocurrido su muerte entre los días 8-20 de agosto de 1936. Según el Martirologio de la Diócesis de Barcelona, el 6 de septiembre.

La Señora Conchita Palau, esposa del Señor Agustín Corbera, viéndose muy mal a causa de un parto en agosto de 1957 se encomendó a los méritos de nuestros religiosos mártires, particularmente al Padre Rivera, el cual, como queda dicho estuvo hospedado la primera noche de la guerra en casa de este cristiano matrimonio.

Después de practicar una novena, el último día, cuando el médico había asegurado a su marido que se esperase lo peor, a eso de las cuatro de la mañana, dio a luz normalmente a una niña. Grande fue la sorpresa de los familiares y sobre todo del médico.

La Señora Conchita atribuye todo a la intercesión del Padre Rivera.

5º

HERMANO FRANCISCO REMON

Había regresado del Sacro Convento de Asís, donde era sacristán, hacia pocos meses.

Por la noche del 18 de julio se fue a refugiar en casa de la familia Palau cerca de la estación del Norte.

No viéndose seguro, abandona esa casa, y cuando iba en busca de un nuevo refugio, en la Riera de Granollers, fue detenido por unos revolucionarios y conducido a la cárcel.

Allí estuvo dos o tres días, en compañía del General Gay y del Señor Párroco de Palau.

Después que fusilaron al General Gay, los del Comité de Granollers, lo trasladaron al Hospital, donde estuvo dos o tres días.

En compañía del Padre Dionisio Vicente, en un auto, fue conducido por la carretera de Cardedeu a un lugar: Els Tres Fins, y allí fue asesinado a balazos.

La Funeraria llevó los cadáveres del Padre Dionisio y del hermano Francisco, al Cementerio de la Roca del Vallés, donde actualmente descansan.

Los días debieron ser entre el 22-23 de julio de 1936.

6º

HERMANO MIGUEL REMON

No recuerdo si salió el 19 de julio por la tarde del Convento o se quedó en él con el hermano Buenaventura.

Lo cierto es que el lunes 20, por la mañana se refugió en compañía del Padre Alfonso y el hermano Buenaventura en Can Diego de Llerona.

Cuando llegaron los del Comité, los tres estaban escondidos entre las tinajas y carrales

del vino de la casa. Contaba años más tarde el hermano Buenaventura que debido a los culatazos del fusil y horcas que encontraron los milicianos, tuvieron que exclamar que les hacían mal y así fueron descubiertos.

Entre insultos y golpes de fusil, los tres fueron llevados a Samalus y en unos campos asesinados.

Los culatazos y golpes que recibieron estos tres religiosos en su calvario de la muerte se explican, según me decía también el mismo hermano, porque algunos días antes, algunos de esos mismos milicianos, al detener a un servido y ver que me escapé de sus manos, no querían que sucediese lo mismo, por eso se vengaban, atándoles y golpeándoles.

El Martirio tuvo lugar el día 3 de agosto de 1936.

CAPITULO II
LOS QUE SE SALVARON

1º

PADRE ANTONIO VICENTE

Salio del Convento por la tarde, el dia 18 julio y pasó la noche en casa de la familia Avellana, frente al Convento.

Al dia siguiente, por la mañana, juntándose con el Padre José Gómez, se fueron a Riels del Fai, en casa Pineda, cuyos propietarios eran muy amigos del Convento.

En esa casa permaneció unos cuantos días, hasta que por fin pudo trasladarse a Barcelona.

En Barcelona recorrió varias casas, pero donde más tiempo estuvo fue en calle Notariado tres.

Unos meses antes de terminar la guerra en una de las muchas expediciones por la frontera Francesa, quiso pasarse a la zona Nacional; pero fue detenido por los otros compañeros.

Sometido a juicio, fue condenado a muerte por el tribunal, mas el abogado defensor pudo lograr que se cambiase la sentencia por unos cuantos años de prisión; cosa que tampoco se cumplió, pues a los pocos meses obtuvo la libertad.

El fin de la guerra lo cogió en Barcelona; desde allí se incorporó al Convento.

2º

PADRE GREGORIO MILLAN.

El dia 19 de julio, el Padre Superior lo mandó a celebrar la Misa, como temíamos costumbre todos los domingos durante el verano, a la cercana Parroquia de Figaró.

Después de comer, unos Señores veraneantes,

aconsejaron al Párroco Mosén Narciso ya él, que abandonaran la rectoría y se retirasen a casa, camino de Valcarca. Así lo hicieron. El P. Gregorio no permaneció allí nada más que dos o tres días; hasta que pudo dirigirse a Barcelona. Allí estuvo escondido unos cuantos días, en casa de su hermano.

Mientras tanto, con un atrevimiento y valentía extraordinarios, exponiéndose a una muerte segura, él mismo se agenció un billete para Italia, en el último barco que desde Barcelona salió para esa nación.

Para adquirir ese billete, cosa difícilísima, él mismo se presentó en la Generalidad, en la Comisaría de orden público y en el Consulado italiano, solicitando como sacerdote, dirigirse a Italia.

Verdaderamente la Providencia dirigió sus pasos y lo salvó de la boca de los lobos, pues en aquellos días había comenzado ya la persecución sangrienta contra los religiosos y sacerdotes; y los jefes de la Generalidad, Comités etc eran ya declaradamente hostiles a la Religión.

Una vez en Italia; estuvo los tres años de la guerra en nuestro Convento de San Francisco de Génova; desde allí en 1939 se incorporó a la Comunidad de Grancllers.

X 32

PADRE JOSE GOMEZ ARANDA

Salió del Convento el mismo día 19 de julio por la noche, y se refugió en casa de la Señora Bertrán, cerca del Convento.

El lunes, por la mañana, en compañía del Padre Antonio Vicente, se fue a Ries del Fai, en la misma casa, donde pasó unos días muy azarosos, medico en la casa, medio en el bosque.

Gracias a las gestiones de las hermanas Serra, particularmente de Lola y Manuela, pudo

entrar en Barcelona.

Desde un principio tuvo la suerte de dar con unas hermanas estupendas, Pilar y Motserrat Serrallonga, en la calle Menéndez Núñez 10.

Tuvo también la suerte de saber engañar a la portera de ideas un poco rojos haciéndose pasar por un viajante de Huesca y novio de una de dichas hermanas.

Para burlar los diversos controles e inspecciones, logró fabricar una partida de nacimiento en la que figuraba con el nombre de Llopis.

Pasó una guerra muy tranquila, pues nunca fue encarcelado ni detenido y gracias a la soliditud de las mencionadas hermanas, nunca le faltó nada. Únicamente cuando faltaban dos o tres meses para terminar la guerra, cambiando las circunstancias: escaseando la comida, se vio obligado a comer gran cantidad de nabos ocasionalmente una peligrosa enfermedad.

Un servidor fue a visitarle con un médico amigo del ejército rojo, y tan mal lo encontró que me dijo, que tenía vida para pocos días.

Menos mal que terminó la guerra, y cambió la vida para dicho Padre.

Debido a las consecuencias de esa enfermedad, una vez terminada la guerra, tuvo que ir a pasar unos meses a las Guillerías de Vich, para reponerse. Le atendieron, turnándose, las señoritas Manuela Serrá y Pilar Serrallonga.

Durante su estancia en Barcelona ejerció el Sagrado Ministerio entre varias familias católicas.

Salió del Convento el día 18 de julio después de cenar, en compañía del Padre Modesto Végas y se escondió en casa de la Señora Dolores

Anglada, en la calle Mayor.

A los tres o cuatro días de estar allí, los rojos se enteraron y determinaron registrar aquella casa.

Algunos vecinos dijeron a la Señora Dolores que los milicianos iban a practicar un registro.

Entonces el Padre Agustín saltando una gran tapia, se refugió en la casa de al lado, que eran buenas personas. Cuando entraron los republicanos en casa de la Señora Dolores no encontraron a nadie, y así se salvó el Padre Agustín por primera vez.

Durante su estancia en dicha casa, el Padre Agustín se dedicaba en sus ratos de ocio a hacer carteras y monederos, los cuales vendían después en Barcelona.

Permaneció en Granollers año y medio, es decir, desde julio de 1936 hasta finales de diciembre de 1937.

En enero de 1938 pudo irse a Barcelona en compañía de la Señora Anglada y de la hermana del Padre Modesto Vegas, Carmen Vegas.

En Barcelona en la calle Bailén montó un colegio en su mismo piso, para unos 50 niños. Con lo que sacaban, podían vivir los tres.

El P. Agustín, camufló como profesor de dicho colegio, para justificar su documento de trabajo, al Doctor Enrique Sacasas, Rector de Granollers, que también andaba por Barcelona.

Así transcurrió todo el año 1938, hasta que finalizada la guerra en Cataluña, enero 1939, el P. Agustín, volvió a la comunidad de Granollers.

6º

HERMANO PEDRO MELERO

Salió con un servidor del convento el 18 de julio por la noche y nos fuimos a Can Creus.

que era una casita de "pagés", situada a mano derecha de la carretera de Cardedeu, cerca de la antigua vía férrea.

Allí pasamos la noche y el lunes, todo el día, hasta el martes por la mañana.

El martes, por la mañana, hacia las 11, por miedo a un registro, por ser una familia carlista, dejamos esa casa y nos trasladamos a Can Serra, a unos 5 Km de Granollers, a un Km a la izquierda de la carretera de Cardedeu.

Esta nueva casa era también carlista y nos la buscó el Señor Creu antes de salir de su casa.

Después de pasar cuatro o cinco días en esa nueva casa, el 25 de julio, el Comité de Granollers, nos detuvo y nos llevó a la cárcel, donde estuvimos tres días juntos.

El día 28 de julio, salió de la cárcel de Granollers, dirigiéndose a Lérida, a casa de su hermano Julián.

Allí fue detenido el 14 de agosto, ingresando en la cárcel de Lérida, de la que salió el 5 de diciembre para la Prisión Pilatos de Tarragona.

Desde esta cárcel, lo llevaron al barco Mahón, en aguas de Tarragona, donde estuvo hasta el 20 de febrero de 1937.

En esta fecha abandonó el barco para ser juzgado por un tribunal popular, que lo condenó a muerte.

Debido a los informes que dio el alcalde de Granollers, Señor Camilo, hombre de izquierdas pero de orden, le fue commutada la pena de muerte, por 16 años de reclusión, que siguió cumpliendo en la cárcel Pilatos de Tarragona.

El día 26 de febrero de 1937, es trasladado a la cárcel Modelo de Barcelona, donde pasa unos siete meses.

En esta cárcel, fue atendido en sus necesi-

dades, de una forma cristianísima, por la familia Tribó de Barcelona.

El 27 de septiembre sale para la cárcel de Vich, en la que permanece unos dos meses, siendo también estupendamente atendido por la familia Morell de Vich.

En su traslado a Vich, yo le oí varias veces explicar, cómo los guardias de asalto le permitieron tomar un café en el bar San Antonio, junto a nuestro Convento, saltándose las lágrimas a los ojos al verse tan cerca y tan lejos al mismo tiempo de su casa.

El 16 de noviembre, regresó de nuevo a la Modelo de Barcelona, donde está hasta el día 28 de diciembre, fecha en que lo conducen a la prisión de Figueras.

En Figueras, el 9 de febrero de 1939, las tropas de Franco lo liberan y vuelve al Convento de Granollers.

7º

HERMANO BUENAVENTURA REMON

Fue el único que no salió del Convento el domingo 18 de julio por la tarde. Ya he dicho anteriormente que no puedo recordar, si también se quedó con él, el hermano Miguel Remón.

El lunes 19, por la mañana, los anarquistas de la F.A.I. efectuaron un registro en el Convento en busca de armas. Debía tener todavía algún buen sentido natural el jefe de aquella cuadrilla de pistoleros, pues no le mató en el acto, al contrario, le dijo que se ausentase cuanto antes del Convento.

Por distintos caminos el lunes por la tarde, se encontraron en casa Diego de Llerona, el P. Alfonso López, el hermano Miguel y el hermano Buenaventura.

Allí pasó nuestro hermano Buenaventura des-

de el día 19 de julio hasta el 3 de agosto; día en que el Comité de las Franquistas se presentó a practicar un registro en Can Diego.

Estaban los tres escondidos en el "Selles", es decir, despensa o especie de bodega de dicha casa, ocultándose como pudieron entre las patatas, paja, cereales y carrales del vino.

Ante los culatazos de las escopetas y golpes de horcas, el hermano Buenaventura, se vio obligado a exclamar:

¡Ehi! ¡Qué me hacéis mal, caramba!

Una vez descubiertos, atados unos con otros entre insultos y vituperios, los llevan a un bosque, término municipal de Samalús.

Después de una filípica de los revolucionarios, en la que el Trapaire y Forcaire, que por cierto habían estudiado en nuestro pequeño colegio de Granollers, vomitaron toda su rabia contra los religiosos, mandan que se colquen en fila los tres.

Disparan a boca jarro, cayendo los tres por tierra envueltos en sangre.

El jefe de aquel pelotón no les dio el golpe de gracia, sino que pegándoles un puntapié a cada uno, exclama:

¡Estos ya han caducado!

Seguros de su muerte, vuelven a Granollers y encargan tres ataúdes para los tres cadáveres.

Pero al llegar al sitio de la muerte, nada más encuentran dos cuerpos.

¿Qué había sucedido?

Yo se lo oí explicar varias veces al hermano Buenaventura: que sencillamente nuestro Hermano, al oír el primer disparo contra el P. Alfonso se inclina hacia la izquierda para contemplar aquel macabro espectáculo, entrándole a él la bala por la boca, sí, pero torcida, saliéndole por la mandíbula derecha.

El tiro y la hemorragia, fueron suficientes para derribarlo por tierra y hacerle perder el

conocimiento, cosa que hizo creer a los asesinos que los tres habían muerto.

Mientras los comunistas van a Granollers en busca de los ataúdes, el hermano Buenaventura vuelve en sí, y llamando al P. Alfonso y al hermano Miguel, les dice:

¡Levantaos! ¡Estamos solos! ¡Vámonos!

Al ver que estaban muertos, en medio de los mayores dolores, y cortando la hemorragia con la camisa y la tierra del suelo, como pudo, se alejó de aquel lugar y se escondió entre unos matarrales.

Al cabo de una hora llegan los de la F.A.I. con los tres ataúdes, y puede contemplar, cómo buscan por los alrededores al tercer desaparecido.

Cansados de buscar como finos cazadores, se ausentan con los dos cadáveres. Entonces el hermano Buenaventura se acerca a una casa de "págés", Can Berenguer, pidiendo auxilio.

Los habitantes de dicha casa le dijeron claramente que eran rojos, no obstante le lavaron con agua de "farigola", tomillo, las heridas y le dijeron que se marchara inmediatamente.

Se encaminó a Can Guillá, del término de Llerona, casa que él conocía debido a su oficio de limosnero.

En casa Guillá le dan alojamiento y lo tratan bien; no obstante para mayor seguridad le dicen que se esconda en un horno de cal, ya en desuso, adonde por la noche le llevaron la comida.

Así lo hace nuestro Hermano, pero hete aquí un buen día, hacia finales de agosto, unos cazadores de Granollers recorren aquellos parajes.

Sus perros notan que dentro de la calera hay alguien y comienzan a ladrar.

Esos cazadores debían ser buenas personas pues no dijeron nada a nadie, ni denunciaron

el caso. Pensarían entre sí que se trataba de algún faccioso escondido.

De todos modos el hermano Buenaventura pensó que no podía continuar allí y despidiéndose de aquella buena familia, se marchó a otra casa a Llerona, Can Morgens, que él también conocía por razón de su oficio de limosnero.

En casa Morgens, pasó casi toda la guerra, muy bien atendido y considerado. Por cierto que tuvo algunas preocupaciones de ser descubierto; pues el cabeza de familia de esa casa estaba enfermo, medio demente. Por tanto no se podía fiar ni él ni la familia, porque la más pequeña indiscrección les hubiese costado caro a todos.

Hacia mediados de 1938, por el mes de julio agosto se traslada a Barcelona. Ignoro los motivos; yo lo vi un día que vine a visitarme al cuartel donde yo estaba en la calle Balmes. En Barcelona trabajaba en la construcción de refugios. Ignoro igualmente donde se hospedaba.

En el mes de octubre se fue a un pueblecito del Montseny, llamado Riels.

Allí pasó los días guardando un pequeño rebaño de cvejas, vacas y cabras, en medio de los bosques.

No sé tampoco de qué medios se valió para conocer a esa familia de Riels.

Alguna vez le oí explicar que por poco le cuesta la vida su viaje al Montseny, pues al parcer el tren, en la estación de Granollers, el hermano vio danzando por allí, a alguno de los que intentaron matarle en un principio de la guerra.

Afortunadamente no sucedió nada; el tren partió, y los revolucionarios no le debieron conocer.

El final de la guerra lo sorprendió en esos parajes del Montseny, y el día 24 de febrero de 1939, regresó sano y salvo al Convento, después de tantas y tan tremendas peripecias.

8º

FRAY PASCUAL COLL BLAHA

Hacia 6 meses que había comenzado el noviciado.

El domingo por la noche, 18 de julio, fue a esconderse a casa de la Señora Carmen Martí, frente a Can Munich, en las Franquesas.

Viendo el rumbo que tomaban las cosas, determinó trasladarse a Barcelona en casa de unos familiares suyos.

Venciendo un sin fin de dificultades; burlando la vigilancia de los Comités de la F.A.I. a pie, campo a través, logró entrar en Barcelona.

Allí trascurre un año, desempeñando alguna temporada el cargo de peón de albañil.

Por fin en septiembre de 1937, se alista en el ejército rojo, en el que como cabo de morteros, toma parte en varios combates hasta el final de la contienda en 1939.

Terminada la guerra regresó al Convento.

9º

DON ANGEL "EL MAZARRONERO" -OBLATO-

Era un Señor que estaba con nuestros religiosos como una especie de Oblato. Debía tener cuando comenzó la guerra unos 40 años.

Fasaba temporadas en el Convento y cuando se cansaba, se marchaba, para volver al cabo de unos meses...

No tenía título alguno; pero tenía una buena cultura; por eso los Superiores lo aprovechaban para dar clase a los postulantes.

El día 18 de julio salió del Convento y pasó la noche en una fonda de Granollers. Al día siguiente abandonó dicha fonda y andó medio perdido por la Riera de Granollers.

No se volvió a saber nada de él durante to-

da la guerra; terminada la misma, supimos que la había pasado toda ella, escondido en una casa de la Garriga.

Se dice que engañó a aquella buena familia, haciéndose pasar por sacerdote, celebrando cada día la Santa Misa, cobrando así el estipendio.

Terminada la guerra no regresó al Convento; sabemos no obstante que salió sano y salvo, pues al cabo de tres o cuatro meses, vino a hacernos una visita al Convento.

III PARTE
MI ODISEA PERSONAL
CAPITULO I
ANTES DE LA CARCEL

¹²

EN CASA CREUS (Peret de la era)

¹² Dos o tres días antes que conociésemos oficialmente el principio del Movimiento Nacional, ante los muchos y más variados rumores, de acuerdo con el Padre Superior, me dediqué a buscar unas cuantas familias que estuviesen dispuestas a recibir a nuestros seráficos en caso de necesidad.

Si bien no todas las puertas a las que llamé se me abrieron, sin embargo encontré las suficientes para colocar a los 12-14 seráficos que había entonces en Granollers.

El domingo día 18 fui a celebrar la Misa de 12 a la Parroquia.

Hablé con los sacerdotes y Padres Escolapios en la Sacristía, sobre las noticias que corrían ya en aquellas horas, pero ninguno sabía nada en concreto.

Terminada la Santa Misa, regresó al Convento por la calle Corró; al llegar a la plaza Verdaguer, veo con gran sorpresa y no menor susto que unos cuantos individuos de la F.A.I. armados hasta los dientes, tienen cercado el Convento.

Me acerco y no me dicen nada; entro en el refectorio, pues estaba la comunidad comiendo y les digo lo que sucede.

No pudimos ya casi terminar de comer.

Avisamos al lampista del Convento, Señor Font, para que nos prestase una radio con el fin de saber más en concreto lo que sucedía en España.

Las emisoras de Madrid y Barcelona lanzaban proclamas violentísimas contra el ejército y la Iglesia, invitando al pueblo y ofreciéndole armas para aplastar a los facciosos.

A eso de las tres y media el General Goiéd, que debía dirigir el alzamiento en Barcelona, se dirige por radio a todas las guarniciones de Cataluña, ordenándoles la rendición para evitar derramamiento de sangre.

Para todos nosotros fue como una bomba:

¡Nos desanimó a todos!

Desde ese momento nos vimos perdidos y no sabíamos ya qué hacer.

Las emisoras nacionales, las ignorábamos; las radiales comunistas daban como fracasado el Alzamiento Nacional en toda la geografía española.

Fair las ventanas que daban a la calle Corró ciámos toda clase de comentarios a las mujeres y los hombres que tomaban el fresco.

Finalmente el presidente de los Terciarios, Señor Juliá, viene al Convento y dice al Padre Superior que se rumorea en los bares y cafés, que esta noche vendrán a quemar el Convento.

Vamos a la Iglesia; rezamos el Rosario y los Seráficos consumen las Sagradas formas que todavía quedaban en el Sagrario.

Como he dicho ya en la primera parte, comienza entonces el éxodo y desbandada de los frailes.

2º: Yo, después de una cena muy ligera y frugal, en compañía del hermano Pedro Melero, me dirigí a una casita, Can Creus, cerca del puente del ferrocarril que atraviesa la carre-

tera de Cardedeu.

La razón de escoger esta familia, obedeció a que era muy conocida de dicho Hermano.

Se trataba de una familia muy cristiana, integrada por los esposos y un hijo, perteneciente a las filas del Carlismo.

Llegamos a eso de las nueve de la noche. Antes no despedí de los religiosos que todavía quedaban en el Convento: P. Dionisio, P. Alfonso y P. Rivera.

Tanto el hermano Pedro como un servidor, estábamos un poco enfermos del estómago; él tomaba habitualmente las pastillas, yo una medicina que me había recetado el médico.

Las dejamos en un lugar muy fresco, en un pequeño sótano de la bodega del Convento con la intención de ir a recogerlas al día siguiente.

Esa buena familia nos invitó a cenar; pero ¿quién era capaz de tomar nada?

Después de charlar un ratillo y comentar la situación, nos fuimos a descansar.

En unos bajos de la casa pusieron a nuestra disposición una habitación con dos camas.

Pasada la noche, cuando nos disponíamos para ir a celebrar la Misa al Convento, el Señor de la casa, Joaquín Creus, nos dice que no nos movamos; que él ha salido antes, a dar disimuladamente un paseo por las calles; y ha visto que los ánimos de los trabajadores estaban muy excitados.

En esos días se estaba trazando el tendido de la nueva vía férrea y trabajaban en esa obra 300-400 hombres.

Con gran pena y dolor obedecimos y no nos movimos.

Hacia las once de la mañana, quise yo ir al Hospital para saludar al P. Dionisio Vicente y, en vista del rumbo que tomaban las cosas, confesarme y estar preparado a todo. Tuve que de-

sistir, porque al acercarme al Hospital, pude ver muchos milicianos que iban y venían muy bien armados.

Así pasa el lunes 19, hasta que a las cuatro de la tarde, desde las ventanas de la casa, vemos venir, por la carretera de Cardedeu, dos camiones repletos de anarquistas con banderas de la F.A.I. pañuelos rojos, escopetas, fusiles y ametralladoras, que se dirigían hacia Granollers.

Al llegar a nuestro Convento, antes de penetrar en él, descargan varios cartuchos y balas, para cerciorarse que no había nadie en él.

Entran después en la Iglesia, cogen algunas estatuas y las queman en "El Camp des Frares"; amontonan los bancos y las sillas en el centro de la Iglesia, los rocían con gasolina; suben a las bóvedas de la misma, e incendian unos cuantos barriles de petróleo.

¿Consecuencias? Se hunde parte del tejado y dos o tres bóvedas de la Iglesia; se queman las pueras y se chamuscan las paredes.

Por lo que se refiere al Convento, antes de incendiárselo, tienen la ocurrencia de colgar las sábanas, mantas y hábitos de los religiosos en los hilos eléctricos de la calle.

Se dice, que juntamente con los anarquistas, otras personas de la barriada se dedicaron al pillaje.

Unicamente ardieron los techos y algunas habitaciones del Convento.

En la Semana Trágica de 1909, no quedó piedra sobre piedra; ahora, estuvimos de suerte, pues ansiosos de destrucción e incendios, los anarquistas se van a la Farroquia, y allí se cenban, porque la arrasaron toda por completo.

Desde nuestro refugio no veíamos las llamas que destruían nuestra Iglesia y Convento, pero sí oíamos los disparos de las ametralladoras y

griterio de las turbas, que se divertían ante las llamas.

En nuestra impotencia, con la familia Creus nos pusimos a rezar una parte de Rosario. Así terminó el día 19, lunes.

3º: El martes, 20 de julio, por la mañana, muy de mañana, el Señor Joaquín, con las lágrimas en los ojos, nos explica el aspecto desolador que ofrecía nuestro Convento ya quemado y profanado por los revolucionarios.

Nos dice más; que no podemos continuar en su casa, porque no estamos seguros ni nosotros ni ellos.

Pero que no nos apurásemos; que él hablaría con un amigo suyo, que vivía lejos de Granollers, en las serranías de Corró, buen cristiano y de ideas carlistas.

Manía a su hijo Pedro, de unos 20 años, para saber la respuesta.

A las 10 de la mañana regresa Pedro y nos dice que podemos ir a refugiarnos a la casa mencionada.

2º EN CAN PERE SERRA (En la sierra de Corró)

1º: Inmediatamente nos ponemos en marcha hacia nuestro nuevo refugio. Atravesamos la carretera, pero nos vimos obligados a meternos por los campos a causa de los muchos autos de la F. A.I. que circulaban por la misma.

Pasamos junto a "La Torre Espinos" hasta salir al camino viejo de Cafdedeu. Allí nos encontramos con otro fugitivo, el Señor Gascón, que había pasado la noche fuera de su casa, también por ser carlista.

2º: Y hemos aquí en casa del Señor Serra:

Se trataba de una familia que había bajado de la Plana de Vich, Serranía de Corró, para

trabajar en arriendo una tierras en secano.

El marido se llamaba Pedro y su Señora Mercedes; tienen cinco hijos, todos jovencitos.

Sus ideas religiosamente hablando son muy sanas, políticamente pertenecen al partido tradicionalista.

3º: Aquí pasamos el martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, es decir, hasta el 25 de julio.

De día, yo salía con mucho cuidado a un bosquecito cercano a la casa; el hermano Pedro ayudaba a la Señora Mercedes a coser la ropa de los niños.

Por la noche después de cenar, dábamos unos pasos por la era de la casa con el Señor Pedro.

Yo me atreví el jueves día 22, por cierto imprudentemente, a ir a Granollers, para ver si podía enterarme de la situación, y con el fin de recoger en el Convento unas medicinas para el hermano Pedro.

Recorri las distintas calles de Granollers; vi quemada la Parroquia, la Iglesia de S. Francisco, vi también incendiada la casa de la familia Funtas, jefe de los tradicionalistas de Granollers.

Por fin me dirijo al Convento y lo veo igualmente incendiado, con unos milicianos que custodiaban las puertas. Ni que decir tiene, que disimuladamente aceleré el paso y cambié de dirección.

Por las calles nada más contemplaba coches de la F.A.I., con milicianos y milicianas armados hasta los dientes.

4º: Regreso a casa sin lograr ningún objetivo, pues no pude hablar con nadie sobre la situación, ni pude coger las medicinas.

Así pasamos el viernes y sábado, hasta el

domingo día 25, festividad de Santiago.

Yo tenía el pasaporte todavía válido, porque no hacía un año que había vuelto de Italia. Constaba mi condición de religioso.

El hermano Pedro tenía la cédula personal y había camuflado el nombre o palabra de religioso por el de: Relojero.

El domingo a eso de las diez de la mañana, estaba yo en una pequeña habitación, encima del gallinero, del cual continuamente, noche y día, ascendían los perfumes.

De repente se para ante la puerta de la casa un coche, un coche de la F.A.I.

Después de disparar al aire dos o tres tiros, entran precipitadamente en la casa. Era el Famoso Forcaire, acompañado de tres hombres más, con fusiles y pistolas.

A esa hora, yo estaba leyendo expresamente las persecuciones de la Iglesia en un libro de los niños de la casa.

El hermano Pedro estaba abajo, lo reconocen inmediatamente y le preguntan si hay algún religioso más con él.

Al responder afirmativamente, por una pequeña escalera suben a mi habitación, donde yo les esperaba, ya casi seguro de que me matarían en el acto.

Dan dos o tres fuertes golpes a la puerta, se abre y entonces me ponen las pistolas al pecho; me mandan bajar y nos sacan al hermano Pedro y a mi a la era de la casa.

Mientras tanto, otros dos pistoleros se dedican a cazar al Señor Pedro Serra, el propietario de la casa, el cual tirándose por una ventana, consigue huir al bosque, salvándose de la muerte.

Todavía no sé por qué vinieron a practicar el registro a aquella casa. Tal vez debido a alguna denuncia de un vecino de ideas republica-

nas que nos pudo ver entrar y salir. Tal vez, porque el Señor Serra, era considerado como Carlista.

5º: CAMINO DE LA CARCEL

Una vez que fracasaron en la captura del Señor Serra, nos llevan al hermano Pedro y a mí, hacia la carretera de Cardedeu, en busca de un auto, camino de Granollers.

Desde la casa hasta la carretera hay casi un Km. de distancia; camino de carros, en malas condiciones, con algunas hondonadas, algunos arbustos.

Delante van dos sicarios: el hermano Pedro los sigue; yo voy detrás del hermano Pedro, pero los anarquistas cierran el cortejo de la muerte.

A cada exclamación del hermano Pedro: ¡Dios mío, Dios mío!, el Forcaire, jefe de los asesinos, responde: ¡Camarada! Si vuelve a repetir el nombre de Dios, le mato aquí mismo.

Varias veces pensé que nos mataban en uno de aquellos barrancos, antes de llegar a la carretera.

No fue así, en la carretera tenemos que esperar un poco, porque el reino de la muerte y del silencio habían invadido aquellos días todos los caminos y apenas circulaban coches.

Detienen al primero que llega y nos hacen subir.

Nunca olvidaré la pena y tristeza que invadieron mi alma, al llegar junto al garage Bau-lenas y bar de San Antoni. El populacho se burlaba de nosotros, y se reía a carcajada limpia, al saber que se trataba de dos "Frates" destinados a la muerte.

6º: EN EL COMITE

No sé los distintos Comités que existían en Granollers u órganos de los mismos.

A nosotros nos condujeron a una de las mejores casas que existían en la calle Mayor, cuya nombre no recuerdo, junto a la casa del lampista Señor Font.

Los rojos lo habían convertido en una especie de cuartel general. Nos trajeron bien y no nos insultaron ni molestaron para nada.

Unicamente una señorita se limitó a pedirnos nuestra filiación.

Ultimados estos trámites burocráticos, nos sacan de esa casa y nos meten en un coche. Antes de arrancar ese coche, se presentó otro coche con unos individuos que llevaban malas intenciones.

No sé lo que dijeron, solamente sé lo que después de arrancar el coche, nos dijo el Forcaire: ¡Después dirán que el Forcaire es malo! esos individuos que habéis visto, pertenecen al P.O.U.M. de Moncada y os querían matar.

¡Yo de momento os he dejado vivos!

CAPITULO II
EN LA CARCEL

1º: RECIBIMIENTO

En cinco minutos nos presentamos en la cárcel municipal de Granollers.

Nos recibe el carcelero, Señor de ideas republicanas, pero atento y respetuoso con nosotros.

Lo primero que hace es despacharnos de todo lo que llevamos; unas medallas, el poco dinero y el reloj.

En aquellos momentos, yo no pensaba en el por qué de aquel despojo, lo supe una vez terminada la guerra.

La razón era bien clara: los que entraban allí, difícilmente salían vivos. Por eso el carcelero se quedaba con lo que podía, por si acaso, como sucedió con un servidor, como más adelante veremos.

La cárcel estaba vacía, pues el día anterior habían salido el General Gay y el hermano Francisco Remón, como ya dijimos.

En un principio, nos colocaron en la planta baja, en un cuarto oscuro y húmedo, pero el carcelero nos llevó inmediatamente en las habitaciones mejores, con luz y sol.

Serían más o menos las dos de la tarde. Como el hermano Pedro conocía mucho a la Señora Carbó; por medio del carcelero le hicimos saber que estábamos allí.

Le faltó tiempo a la pobre Señora, para traernos la comida; lo difícil era en aquellos momentos tener ganas de comer.

2º: LLEGAN NUEVOS COMPAÑEROS

Apenas habíamos terminado de tomar algo de

aquella frugal comida, oímos unos ruidos de llaves en las puertas.

Llegaban en condición de detenidos, otro sacerdote y dos religiosos Escolapios: Mosén Juliá, Vicario de Granollers, P. Jaime Casteltor y P. Ramón.

Los habían encontrado en una casa, en el término Municipal de la Roca y los llevaron también a la cárcel.

En medio de la soledad en que nos encontrábamos el hermano Pedro y yo, fue para nosotros un alivio y consuelo la compañía de esos tres nuevos prisioneros.

Nos explican cómo habían pasado aquellos primeros días y cómo fueron hallados en su escondite.

Cuando estábamos en estos comentarios, he aquí que nuevamente se vuelven a cir las llaves de las puertas.

Esta vez era para dar paso al P. Rivera, Superior de nuestro Convento. Lo habían detenido mientras estaba escondido en una viña de Can Sacamás, muy cerca del Convento, dicha familia lo tenía en su casa para comer y dormir, durante el día estaba en las viñas y maizales.

No llevaron directamente a la cárcel al P. Rivera; una vez detenido, le hicieron seguir a practicar otro registro en otra casa cercana, que era conocida con el nombre de los: Argentinos.

Realizado infructuosamente dicho registro, es cuando, a eso de las seis de la tarde, condenan al P. Rivera a la cárcel.

El lunes 26, registró otra nueva alta la lista de detenidos: Mosén Martín Puntas, vicario de Linás, detenido en Can Rivas de la sierra de Palou, venía a hacernos compañía a eso de las diez de la mañana.

3º: NOCHE TERRIBLE

Desde las 6, hasta las 9 de la tarde, pasamos el tiempo comentando el pasado, profetizando lo futuro, rezando muchos rosarios.

A las 9 de la noche cenamos, y después en dos habitaciones nos pusimos a descansar.

Por cama, teníamos unos catres con sus respectivos sacos, que pusieron a nuestra disposición el carcelero.

Fudimos descansar en esos catres o somieres porque el carcelero así lo quiso; diversamente el duro suelo hubiera sido nuestro lecho.

Todos estábamos cansados, sea por los cambios de una casa a otra, sea por el sobresalto y susto de la situación.

Por tanto todos teníamos ganas de dormir.

Yo no había pegado los ojos desde que salí del Convento; estaba verdaderamente rendido de sueño y fatiga. Fue lo que nos salvó a todos.

Hacía una hora escasa, cuando un ruido estruendoso y unas voces alcoholizadas vinieron a interrumpir bruscamente nuestro sueño.

Se trataba del comité P.O.U.M. de Moncada. que venía para asesinarnos.

A pesar de las dificultades que el carcelero puso a esos esbirros, consiguieron entrar en la cárcel y subir el primer piso.

Había dos habitaciones: la primera, entrando a mano derecha, era muy espaciosa; en ella estaban Mosén Juliá, el P. Rivera y los dos Padres Escolapicos.

En la del fondo, más pequeña, estábamos el hermano Pedro y yo.

Para servicios en la primera habitación había un pequeño lavabo y una asquerosa taza de algo parecido a un water.

Los milicianos del P.O.U.M. venían con un camión, al que dejaron en marcha frente a la puerta de la cárcel.

Entrando en la primera habitación, obligan a descender a los que en ella estaban: Mosén Juliá, los dos Padres Escolapios y el P. Rivera.

Los fuerzan a subir al camión.

Mientras algunos milicianos se dedican a esta operación, otros tres o cuatro irrumpen violentamente en nuestra habitación.

¡De prisa, venga!

Y profiriendo horribles blasfemias, descargan dos o tres culatazos de fusil sobre nosotros.

Yo me había descalzado, y el tiempo que empleé en ponerme unas zapatillas, fue lo que nos salvó.

En ese pequeño intervalo, había hecho acto de presencia otro comité: el de Granollers.

El comité de Moncada no tuvo el tiempo suficiente para enjaularnos a todos en el camión de la muerte.

Eran las 11 y media de la noche de Santiago. Una discusión violenta comenzó entre los dos comités, para determinar a quién correspondía matarnos.

Los otros cuatro compañeros abajo en el cañón, nosotros en la escalera de la cárcel, presenciando aquella disputa; oyendo un sin fin de barbaridades en medio de las pistolas, escopetas, fusiles y ametralladoras, encañonadas hacia nosotros.

Por fin, determinan ir a resolver la cuestión al Ayuntamiento; ellos se van y nosotros quedamos en la cárcel, en espera de sentencia.

¡Qué horas más terribles aquellas! El reloj de la torre de la Iglesia, junto a las paredes de la cárcel, tocaba las doce, la una, las dos! Y nosotros, ¡sin saber nada!

los demás días el carcelero venía hacia las siete de la mañana. ¡Hoy pasan las siete, las

ocho, las nueve... hasta las doce del día no se presenta!.

Hacia las tres de la madrugada, oímos unas voces. ¡Pensábamos que había llegado ya nuestra hora, que venían a matarnos ya!.

No fue así, ponen en marcha nuevamente el camión, que habían dejado en la puerta y se van.

¡Estábamos ansiosos de noticias! ¿Qué habrían decidido? Hasta que llega el carcelero a las doce y nos dice: ¡Han decidido no mataros! ¡Continuaréis en la cárcel para estar más seguros!

¿Qué influyó para que nos perdonasen la vida?. Lo supimos al día siguiente. El Presidente del Comité de Granollers, Señor Roca, anarquista cien por cien, estaba muy agradecido a Mosén Juliá.

Durante la República se casó y Mosén Juliá, le arregló tan bien el expediente matrimonial que el Señor Roca, dijo: ¡Es un camarada muy simpático!.

Al salvar la vida a Mosén Juliá, indirectamente nos la salvó a nosotros.

4º: NOS VISITAN ALGUNOS MIEMBROS DEL COMITÉ
Pasó el día 26 de julio sin novedad alguna: rezando y haciendo comentarios sobre la situación.

Al día siguiente por la mañana, a eso de las ocho, se presentan en la cárcel, el Presidente del Comité revolucionario y algunos otros miembros del mismo.

Vienen, nos dicen, bien animados con intención de salvar nuestras vidas.

Pasamos un largo rato con el Presidente, Señor Roca, nos habla de la situación militar: Todo está perdido para los facciosos.

Nos dicen que nuestras vidas de sacerdotes y religiosos no tienen finalidad alguna.

Puesto que la guerra va a cambiar la situación en España de una manera radical, debemos

pensar en enfocar nuestra vida de una manera distinta, debemos casarnos y formar una familia.

Finalmente nos dicen que debemos permanecer en la cárcel algunos días más, para no ser presa, en la calle, de ciertos grupos incontrolados de la F.A.I., que nos quieren matar.

Pasados esos días el Comité nos daría un pa-
se, para trasladarnos a Barcelona.

5º: UNA FRASE INOLVIDABLE

Mientras nos llegaba el día de nuestra libe-
ración de la cárcel, pasábamos las horas rezan-
do y haciendo pronósticos sobre nuestro porve-
nir y el de la Patria.

Una tarde, después de comer, estaba yo ha-
blando con el P. Rivera, al decirle yo, que las
cosas iban mal, que tal vez corrían peligro nu-
estra vida, él me contestó sencillamente:

¡Pase lo que pase! ¡Suceda lo que suceda! es
toy dispuesto a todo y preparado para morir gri-
tando:

¡Viva Cristo Rey!

Yo, no dije nada, pero interiormente pensó
en las buenas disposiciones de aquel Padre, que
días más tarde conseguiría la corona del Marti-
rio.

6º: UNOS MOMENTOS DE DESCANSO:(Una foto fa- mosa)

Según había dicho el Presidente del Comité,
así se cumplió; el 28 por la tarde, vino un mi-
embro del Comité para extendernos un pase con el
fin de trasladarnos a Barcelona.

Fero cual fue nuestro estupor y desconcier-
to, al ver que a nosotros: es decir, al P. Rive-
ra, al hermano Pedro y a un servidor, no nos lo
querían dar.

¿Causa? Una foto muy famosa.

Se trataba del año 1935, en Italia se res-
pira un aire bélico, con motivo de la guerra

contra Etiopia.

En nuestro Convento de Asís, viven religiosos de varias nacionalidades: de Rumanía, Hungría, Alemania, España, etc.

Entre ellos se encuentra nuestro P. Antonio Vicente.

Quieren simular una Batería, para ello se sirven de un pequeño carro; unos tubos de uralita; de unos fusiles viejos que existían en aquel Convento; y de una pistola también verdadera, que tenía el P. Antonio, regalo que le habían hecho algunos políticos españoles, de paso por Asís.

Y se van de maniobras por el pequeño bosque del Sacro Convento.

Como recuerdo, hacen una fotografía.

En el primer registro que los comunistas practicaron en nuestro Convento, hallaron en la habitación de P. Antonio la mencionada foto.

Era lo que ellos deseaban; acusaban a la Iglesia de preparar un golpe de Estado; y ahora hallan fotos y una pistola en un Convento.

Hicieron varias copias de esa fotografía, que recorrieron el mundo entero; falsificando siempre la verdad, la cual no fue dicha sino al final de nuestra guerra, por la misma radio roja de Barcelona, la cual expuso las cosas como realmente habían sucedido.

Hablaron de dicha foto la radio de Londres, París, etc.

Al preguntar nosotros el motivo por el cual nos negaban el pase, el Presidente del Comité, respondió:

¿Os atrevéis todavía a negarlo? ¡Esta foto, no miente! ¡Estábais preparando un golpe contra la República!.

No sé, si convencido o no, por nuestros argumentos, se decidió también a darnos el pase a nosotros tres.

7º: MI SALIDA DE LA CARCEL

Creo fue el 28 de julio, por la mañana, cuando comenzamos a abandonar la cárcel.

Lo hacíamos por grupos para no llamar la atención.

Los primeros en salir fueron Mosén Juliá, los Padres Escolapios y Mosén Funtas.

El P. Rivera dejó la cárcel a las once de la mañana, y fue a esconderse a casa del Señor Llistera, en espera de irnos los dos a Barcelona.

Quedamos solos en la cárcel el hermano Pedro Melero y un servidor.

Finalmente a las dos y media nos llega la autorización para salir de la prisión, comenzando así otro capítulo, otra odisea de la cual voy a hablar.

CAPITULO III

1º: EN LA ESTACION DEL NORTE

Primero salí yo, a continuación lo hizo el hermano Fedro.

Para disimular un poco, pedí un cigarro al carcelero, el cual no conseguía encender, mientras atravesaba la Riera, debido al nerviosismo.

Llegué a la estación con unos diez minutos de anticipación y saqué el billete.

Cuando estaba esperando en el andén, se acercan cuatro o cinco individuos, que estaban sentados en una mesa y me piden documentación.

Al enseñarles yo, el pase que me había facilitado el Comité, me lo rasgan y me dicen:

¡Tu eres un religioso de los del Convento!

¡Enséñanos esas manos!

¡Mira las nuestras cómo están de callos!

¡Quedas detenido!

2º: COMPARCE EL HERMANO PEDRO MELERO

Mientras me estaban pidiendo documentación pasa a mi lado el hermano Pedro Melero, en espera también del tren.

Uno de los escopeteros me preguntó:

¿Conoces tú a ese individuo?

Yo, levantando los ojos, lo miro, y usando una restricción mental, respondo:

¡NO! ¡No lo conozco!

Se dieron por satisfechos con esta respuesta, y no le molestaron para nada, yendo a Barcelona con el tren de las tres y cuarto.

3º: EL SEÑOR LLISTUELLA EN EL MOMENTO PRECISO

Como dije anteriormente el P. Rivera, al salir de la cárcel, fue a refugiarse a casa del Señor Llostuella, que era el constructor de nuestro Convento.

Como el P. Rivera sabía la hora y el tren

que yo debía tomar para Barcelona, rogó al Señor Llistuella, se presentase en la estación para ver lo que sucedía.

Efectivamente, cuando yo estaba detenido, cinco minutos antes de la llegada del tren, hace acto de presencia el Señor Llistuella y veo que llama a parte al que parecía ser el jefe de los anarquistas.

Yo veía que hablaban entre ellos, pero no comprendí nada del contenido de su conversación hasta el día siguiente, después de haberme llevado un buen susto.

4º: ¿ERAN BUENAS LAS INTENCIONES DEL PRESIDENTE DEL COMITÉ?

En la cárcel nos dijeron que no tuviesen miedo; que el pase sería respetado; que el mismo Señor Presidente vendría a la estación para mirar por nosotros.

Falso, ni el pase me valió, ni el Presidente se presentó; nos habían abierto una puerta para cogernos por otra.

Más tarde supo que al día siguiente, de salir yo de la cárcel, el Señor Roca, Presidente del Comité, fue a hacer un registro en casa de la Señora Carmen Martí, frente a Can Monich, donde él suponía que yo estaba escondido.

Al decirle la Señora Carmen que tenía varios cuadros de la Virgen, él contestó:

¡Yo no busco cuadros ni santos! ¡Yo busco carne humana!.

El Presidente del Comité, no tenía pues la más mínima intención de salvarnos.

5º: ¡EN EL AUTO FANTASMA!

Terminada la conversación entre el Señor Llistuella y el jefe de la patrulla, ocho militares me rodean y se encargan de mi.

Como yo les preguntase que el tren ya había pasado para Barcelona, y ya no había trenes hací

ta bastante más tarde, me respondieron:

¡Pondremos un tren exclusivamente a tu disposición! ¡verás qué cómodo vas a ir!

Me conducen desde la estación hasta el paso nivel de la carretera de Caldas; allí se paran en espera de un coche.

Mientras llega el coche, la gente se agolpa en mi derredor, ¡qué palabras más socées! ¡qué insultos más groseros oyeron mis oídos! ¡qué gestos más ofensivos y amenazadores vieron mis ojos!

No me explico, cómo una muchedumbre puede dejarse arrastrar y seducir tan fácilmente, contra un Ministro del Señor, por los nuevos escrivbas y fariseos.

Un auto viene de Granollers... ¡Lo detienen! ¡Arriba! Me dicen.

Antes suben cuatro Anarquistas, después subo yo, y a continuación lo hacen otros cuatro rojos más.

Yo iba en medio de ellos; todos iban bien armados de escopetas, fusiles, ametralladoras y pistolas.

El auto arranca, andamos cinco o seis kilómetros hasta llegar a un lugar solitario, pasado el cruce de las carreteras de Santa Eulalia y Caldas.

Yo estaba seguro de que me iban a matar, no hacía más que rezar Padre Nuestros y Actos de Contrición. Hasta entonces no conocí por experiencia la necesidad de invocar a S. José para obtener una buena muerte.

¡Henos aquí al término de nuestro viaje!

¡Baixa, noi! me dicen. Antes descienden 6 de ellos; otros dos se quedan en el coche.

¡Tira avant!

Yo instintivamente, en vez de seguir carretera adelante, me tiro al bosque por un precipicio.

Oigo silbar las balas; huyo precipitadamente, el ruido de los tiros me impresionó de tal manera, que pienso que estoy muerto, pero, no, porque corro como un gamo.

Me toco la cara, el cuello, el cuerpo, para ver si hay sangre y no veo nada.

Llevo la mano a los ojos para ver si todavía los tengo.

En un momento dudo si no he perdido el uso de la razón.

Y todo esto corriendo como los conejos, entre las matas del bosque.

¡Sólo son capaces de comprender todo esto, aquellos que se han encontrado en situaciones parecidas!.

6º: FOR QUE NO ME MATARON

Ya he dicho antes, que el jefe de la patrulla, estuve hablando unos minutos con el Señor Llistuella.

El Señor Llistuella es uno de esos señores que, estaban bien con todo el mundo. Decía luego no era comunista ni mucho menos; pero se trataba con todos, incluso con los comunistas.

Valiéndose de esta ventajosa situación, dijo a los anarquistas que me tenían prisionero:

¡Mirad! ¡No os compliqueís la vida!. Hoy ganáis vosotros; a lo mejor mañana ganan los otros.

Llevadle al bosque, disparad cuatro tiros al aire, dadle un buen susto y dejadlo en libertad.

Y así lo hicieron esos milicianos. Si no hubiera sido por esta intervención del Señor Llistuella, humanamente era imposible que escapase con vida, pues se trataba de ocho hombres bien armados, a corta distancia, contra uno solo, contra mí.

En el nº 3 de este capítulo, he dicho que yo veía y oía hablar al Señor Llistuella con

los comunistas, pero que no sabía que decían.

Lo supe tres o cuatro días más tarde, porque, como yo sabía que el P. Rivera, estaba en casa del Señor Llistuella, le escribí una carta desde Can Camp, llevada personalmente por el Señor Isidro, el amo de Can Camp.

Vino personalmente a darme la respuesta y a informarme de todo lo sucedido días anteriores en la estación, el mismo Señor Llistuella.

Desde luego me salvó la vida, pero el susto fue morrocotudo.

7º: EN CAN PUJOLL DE LLISA DE MUNT

Serían las cuatro de la tarde, tirándome por un precipicio al bosque, huía con la chaqueta al hombro, la cual perdí en medio de aquel terrible pánico.

Corriendo en dirección hacia Granollers, pido auxilio en la primera casa que encuentro.

Como me lo negasen, sigue corriendo con la intención particular de perder de vista a los del Comité, que yo pensaba me iban persiguiendo, pero que en realidad no era así, como ya antes he explicado.

Ante los disparos de las escopetas; ante los gritos de las personas de aquella casa; ante los ladridos de los perros, se espantan las gallinas de aquella casa.

Me toman por un ladrón. Otros trabajadores de una casa cercana vienen en mi persecución.

Mi interés era superar una pequeña colina, para que no me viesen más los milicianos.

¡Pero, no puedo más! ¡Me rindo en mi carrer!

Se acercan aquellos hombres, me rodean, me insultan, uno de ellos levanta su horca para descargar un golpe sobre mi.

"¡Yo no soy ningún ladrón, les digo! ¡Soy un pobre religioso, a quien persiguen a muerte!".

"¡Gandul!" me repite el Señor de la horca. Al cura de nuestro pueblo ya lo hemos asesinado;

a ti te vamos a hacer lo mismo.

Estas y otras frases parecidas iba vomitando aquel trabajador cuando yo le manifesté mi condición de sacerdote.

Después de estos insultos en medio de los campos, me conducen a Can Pujoll, cerca de la carretera de Llisá de Munt, situada en un altozano.

Estaban trillando en la era el trigo; una máquina de beldar, separaba el grano de la paja. Era una máquina que trabajaba a fuerza de dar vueltas con los brazos, no impulsada por motor.

Me obligan a dar vueltas a la máquina, porque decían que trabajase, ya que no había trabajado nunca en mi vida.

Media hora, poco más o menos, estuve dando vueltas a la máquina, hasta que una viejecita de la casa, compadeciéndose de mí, dice: "No véis que ya no puedo más".

Entonces me permiten un pequeño descanso, y me dan una discreta merienda: "pa amb oli" y vieno.

terminada la merienda, hacia eso de las siete de la tarde, les dije que si tenían un poco de paja para pasar la noche.

Ante una feliz negativa, determiné fugarme.

Digo "feliz negativa" porque si me dan paja y me quedo a dormir allí, seguro que no veo el amanecer del día siguiente, pues me hubiesen matado.

Aprovechando, pues, una buena ocasión, digo a aquella gente que me iba hacia Caldas de Mombuy, para despistarlos.

Mi intención era otra: regresar a Granollers mejor dicho, a Ganovellas, como así lo hice.

8º: EN "CA LA TONA"

Reandando el camino por donde me habían conducido tres o cuatro horas antes los milicianos determino volver a Granollers.

¿Motivos? Primero: para despistar a los matones; segundo: porque ni conocía el terreno, ni a familia alguna, de haber seguido hacia el interior de Cataluña, hacia Caldas y Sabadell.

Atravieso la Riera de Santa Eulalia; cruzo el bosque de Can Moncau; pasando junto al cadáver del P. Mcdesto, a quien habían asesinado dos días antes, pero no lo vi; lo supe unos días después, al explicar a los amigos el camino que había seguido en mi fuga.

Al querer atravesar la carretera que desde Beluya baja hacia Barcelona, tuve que esperar bastante tiempo porque unos potentes focos colocados expresamente por los comunistas, la iluminaban por completo para controlar el paso de autos y personas por la noche.

A eso de las nueve de la noche, me presento en Ca la Tona: esta casa está situada junto a Can Camp.

Habituaba entonces en ella una Señora por nombre Dolores, con una niña de tres o cuatro años.

Era viuda, yo la conocía porque cuando iba con los Seráficos de paseo, solíamos pasar por allí y nos convidaba a comer higos.

La pobre Señora me recibió con miedo como era lógico, por temor a represalias.

Como la casa era muy pequeña, y si venían los comunistas, necesariamente me hubiesen encontrado, entonces me dio de cenar y me mandó a dormir a un cercado frente a la casa, rodeado de tapias de dos metros de altas, donde tenía las gallinas y un carro que le servía para cultivar unas pequeñas tierras.

Después de cenar, entré en ese cercado con todo cuidado.

A unos cien metros de distancia había otra casa más alta, desde donde podían ver todo el interior de ese corral.

Por cierto que vivían allí seis ó siete personas.

El problema era para mí; para que no me pudiesen ver, tenía que dormir bajo el carro, don de dormían también las gallinas.

¡Podéis imaginaros, amables lectores cómo me levantaba yo por la mañana! ¡Fobres vestidos míos, que habían servido durante la noche de es tercolero para unas cincuenta gallinas!.

Así pasé tres o cuatro días: For la noche con las gallinas; por el día, en un pequeño bos que que rodeaba la casa.

CAPITULO IV
EN LA CHIMENEA

1º: ANTES DE ENTRAR EN LA CHIMENEA

Como he dicho en el capítulo anterior, cerca de "Ca la Tona", había un pequeño bosque donde yo pasaba los días escondido entre las matas como un conejo.

Un día, hacia las once de la mañana, pasó por allí el Señor Isidro Durán, que vivía en una casa pegando a "Ca la Tona", conocida con el nombre de Can Camp.

Yo conocía a dicho Señor Isidro, por el mismo motivo que conocía a la propietaria de "Ca la Tona": Sencillamente porque iba con frecuencia con los Seráficos a su casa a comer higos en dos hermosas higueras que tenía.

Al exponerle yo mi situación, me dijo qué podía ir a esconderme a su casa, pues era mayor y tenía más posibilidades económicas que "Ca la tona".

Acepté inmediatamente la invitación. Cada mañana, muy de mañana, me acercaba a su casa y me daba el desayuno junto con la comida.

Hacia el atardecer volvía y me daba la cena.

La noche la pasaba en una chabola de cañas junto a la casa.

Este género de vida duró de diez a doce días

2º: QUE HACIA DURANTE ESOS DIAS

Por la mañana me acercaba a la casa y me daban la leche junto con la comida.

¿Quién era capaz de comer?

Pasé unos ocho días alimentándome únicamente con la leche del desayuno.

Por aquellos días, las avellanas habían ya madurado; igualmente las almendras; de cuando

en cuando cogía una y la metía en la boca, sin ganas.

La comida que me daban en la casa, servía más para las hormigas que para mí, pues la cogaba de un árbol, y ni la miraba.

El Señor Isidro venía de vez en cuando a verme, y me explicaba la marcha de la guerra; mejor dicho se la explicaba yo a él, pues oímos en una radio italiana giornale-radio de las diez de la noche, y después comentábamos las noticias de vez en cuando.

¡Cuántas veces pensé en la verdad de aquel adagio: "Quien se mete debajo de hoja, doce veces se moja".

Aquellos días llovía mucho, yo me colocaba debajo de un árbol, una zarza, para defenderme de la lluvia; pero después era peor, ¡me calaba hasta los huesos!.

La mayor parte de las noches las pasé junto a una chabola o cabaña de cañas junto a la casa.

Si llovía, no penetraba el agua, pues las cañas estaban cubiertas de tierra.

El frío sí que se dejaba sentir, a pesar de una manta que me habían dejado, y era el mes de julio-agosto.

Dos o tres noches las tuve que pasar en ese bosquecito entre las hierbas, porque corrían rumores de un registro.

¡Jamás he sufrido tanto miedo como en esas noches! cuando en lo más oculto de las matas, entre la hierba, corrían toda clase de bichos, pensando siempre que se podía tratar de una serpiente o de cualquier otro animal venenoso.

¡Qué noches más largas y temibles aquellas!

32: ENCUENTRO CON UN TAL TOMAS

Una mañana, hacia las siete, después de una de estas temibles noches, me acerqué a la casa para desayunar y proveerme de alimento para to-

do el día.

Casa Camp, era una masía, es decir, una casa de agricultores, como tantas que hay en Cata luña.

Sus propietarios vivían del sudor de su rostro, que es lo mismo que decir, del trabajo de sus campos y del producto de sus gallinas, de sus cerdos y de sus vacas.

Tenía entonces seis vacas, cuya leche comataba, parte enviándola a Barcelona, parte vendiéndola a los vecinos que vivían junto a la casa.

Entre dichos vecinos figuraba un tal Tomás, vivía con su madre en una pequeña casita al lado de Can Camp.

Su profesión, guardia de asalto.

Sus ideas, republicanas, aunque sin precisar, pues no era capaz de gran cosa.

Una mañana, a eso de las siete, a la misma hora que un servidor se acercaba a casa Camp, para desayunar, coincidió también Tomás, para comprar un litro de leche.

La madre del Señor Isidro, Señora Dolores, al verme entrar al mismo tiempo que a Tomás, no tuvo sorpresa y dijo: "Es un pobre religioso que viene en busca de auxilio, aquien nosotros hemos recogido".

Dicho Tomás, disimulante su idea comunista, dijo: "No se preocupe, Señora Dolores, si necesita alguna cosa, dígamelo, que yo también contribuiré".

¡Hay que ayudar a ese pobre religioso!

4º: PRIMER REGISTRO

Yo, después de haber tomado mi frugal desayuno, me fui al bosque.

Tomás compró su leche y se fue a su casa.

No le faltó tiempo para ir al Comité Revolucionario de Granollers para denunciarle y decir que en casa Camp había escondido un religioso.

Se efectua ese mismo día, hacia el 3-4 de agosto, no recuerdo exactamente; hacia las cinco de la tarde, se presentaron en casa Camp unos 10 miembros del Comité revolucionario para detenerme y matarme.

Tomás no estaba bien informado; él pensaba que yo estaba escondido en la casa.

Por el contrario, los 10 primeros días, mi morada era el bosque.

A eso, pues, de las cinco de la tarde, se presentaron en casa Camp.

La mitad rodeó la casa, la otra mitad penetró dentro de la misma y la recorrió toda en busca de carne humana.

En ese momento el Señor Isidro estaba trabajando sus campos.

En casa estaban: Dolores, su Señora, sus dos hijas, Pepita y María, y sus padres, Rafael y Dolores.

El abuelo, Señor Rafael, al ver toda aquella gente se marchó por los campos y no quiso saber nada de ellos.

Después de registrar inútilmente toda la casa y amedrentar a sus habitantes, los revolucionarios se marcharon, no sin antes amenazar y atemorizar a todos, diciéndoles: "Si encontramos al fraile, todos seréis asesinados".

5º: ME EXPLICAN EL REGISTRO

Por la noche, cuando fui a cenar, faltó tiempo a aquella buena familia, para explicarme cuanto había sucedido; el registro que habían realizado aquellos 10 anarquistas.

Estaban verdaderamente atemorizados. Su vida estaba pendiente de un hilo. Si un día me encontraban a mi, todos ellos, toda la familia, sería asesinada.

¡Qué momentos tan terribles para mí!

El Señor Isidro, ante aquella temible perspectiva, me llegó a decir que me marchase, qué

no volviese más por su casa.

Pero, ¿dónde ir, si yo no conocía a nadie?.

6º: UNOS CUANTOS DIAS MAS POR LOS CAMPOS

Terminada la cena, bajo la impresión y el sobresalto, nuevamente, como de costumbre, me fui a dormir al bosque.

Podéis pensar cómo dormiría yo, pensando en el registro, y pensando que el Señor Isidro me había dicho que tenía que marcharme.

Al día siguiente, a eso de las siete de la mañana, nuevamente me presenté a tomar un poco de leche y un poco de alimento para pasar el día.

El Señor Isidro, nuevamente me hizo ver la conveniencia que me tenía que marchar, pero no dio a entender, que si no encontraba casa a donde ir, que continuase allí en su casa hasta que encontrase un nuevo refugio.

Mientras tanto, yo continuaba en el bosque, metido entre las matas.

A veces salía por los campos y me ocultaba por las viñas o entre los maizales muy crecidos ya por aquellos días.

Recuerdo una tarde que yo estaba debajo de un olivo, cerca del Cementerio de Canovellas; era hacia las seis de la tarde.

Veí que se iba acercando un Señor, era el famoso Tomás, que iba buscando hierba para los conejos.

De la forma más rápida posible, me tendí a lo largo de unos surcos de un campo recién labrado para que no me pudiese ver.

Efectivamente, pasó muy cerca de mí, pero sin darse cuenta de mi presencia.

Casi ya al oscurecer, me dirigí al Cementerio de Canovellas, con intención de esconderme en un nicho del mismo, si era preciso.

No ocurrió tal cosa, porque como era ya tarde, no pasaba ya nadie por allí; por eso regresé

nuevamente a mi refugio de costumbre, es decir, a dormir y cenar en la chabola de cañas.

7º: ME ENCIERRO EN LA CHIMENEA

¿Por qué no pude continuar más por los campos?

Sencillamente: la guerra se iba prolongando y los comités revolucionarios de cada pueblo iban consolidando sus posiciones.

Fronto a tarde me descubrirían y me matarían, a mi y a aquella buena familia de Can Camp, que me daba de comer y de vestir.

Un día el Señor José Camp, hermano del Señor Isidro, que iba y venía cada día a Barcelona, y por lo tanto estaba al corriente de la situación, me dijo:

"Padre Castro, así, no puede Usted continuar más tiempo, entrando y saliendo cada día".

"¡Debe marcharse de aquí o esconderse!".

De acuerdo con su hermano, el Señor Isidro, me indicaron que si quería me podía esconder en la chimenea de la casa.

Como yo no veía otra solución viable, respondí que me hacían un gran favor, si me permitían esconderme en la chimenea.

De esta forma, yo, no tenía que entrar y salir cada día de la casa, ni estaría expuesto a que en el momento menos pensado me echasen el guante por los campos.

Contentísimo, pues, entré en la chimenea, era el 14 de agosto, vigilia de la Asunción de 1936.

8º: COMO ERA LA CHIMENEA

Can Camp, era una casa de agricultores: de "pagés".

Exactamente no sé los años de existencia de dicha casa, pero por referencias de la familia, seguramente que contaría ya, con unos 250-300 años.

Se trataba de una casa muy antigua y adaptada para las necesidades de la agricultura.

Constaba de un gran patio, de unas cuádras de vacas.

Tenía la planta baja y un piso, los dos muy amplios y grandes.

En el centro, arriba y abajo, una gran sala. La chimenea estaba situada en un extremo de la casa, a mano izquierda del que entra.

Tendría toda ella una altura de 10-12 metros. Su anchura iba disminuyendo a medida que iba subiendo; donde yo estaba, tendría una anchura de unos tres o cuatro metros.

Como iba subiendo en forma cónica, los fundamentos de dicha chimenea se apoyaban en unas vigas de madera.

El espacio de que yo disponía para estar de pie o recostado, eran dos pequeños pasillos de dos metros de largo por uno de ancho.

Estaba completamente a oscuras, a excepción de una pequeña ventanilla de 30 por 30 que comunicaba con el tejado de la casa.

Por esa ventanilla penetraba un poco de luz.

Tenía como entrada en su parte inferior, un pequeño agujero, que era por donde yo entraba o subía cada día, a una altura de unos dos metros.

¡No olvidaré nunca la impresión que me produjo el subir por primera vez!.

Como se trataba de una casa vieja, y no había entrado en ella nadie desde que se construyó la casa, el cisco u ollín de tantos años se había acumulado de tal forma, que me hundí hasta las rodillas al tomar posesión de "ese mi palacio de guerra".

Esa chimenea servía de cocina y estaba encendida desde las siete de la mañana, hasta las dos de la tarde, y desde las cinco hasta las

diez de la noche.

Como tenía una puerta que comunicaba con el comedor, el humo no subía directamente por la chimenea, sino que la corriente del aire lo introducía siempre por el agujerito por donde yo entraba. De esta forma el humo era continuo.

9º: COMO PASABA LOS DIAS EN LA CHIMENEA

Me levantaba al mismo tiempo que los propietarios; antes, en el verano, más tarde en el invierno.

Ellos solían desayunar hacia las ocho de la mañana.

Antes de bajar ya había dedicado una hora a rezar.

Terminadas las oraciones, descendía, tomaba un tazón de leche, que era buenísima, producto de la casa.

Generalmente, cada día, el Señor Isidro, me preguntaba cómo iba la guerra, pues yo estaba al corriente de todo.

Después de desayunar me subía a la chimenea, y allí estaba hasta la una.

¿Qué hacía durante esas horas?.

Los tres primeros meses los dedicaba a rezar, a meditar, ¡no sé cuantas partes del Rosario recité!. Cuando el sueño me rendía, me tiraba sobre unas tablas y ¡a dormir!. A la una me llamaban para comer.

Generalmente comíamos en una habitación separada de la cocina; entonces cerraban todas las puertas, para evitar posibles sorpresas.

Después de comer, generalmente pelaba patatas, en tiempos de avellanas y almendras, quitaba las cáscaras.

Todo esto lo hacía en la misma chimenea, abajo, para que nadie me pudiese ver. Una vez terminado este trabajo, regresaba a mi escondite, y allí estaba hasta las nueve o las diez de la noche.

A esa hora cerraban todas las puertas, para cenar tranquilos. Después de cenar, generalmente nos quedábamos a escuchar Radio Nacional de Salamanca, las charlas de Queipo de Llano, y alguna emisora extranjera.

Yo me quedaba cada día; el Señor Isidro y su hermano José lo hacían con frecuencia; los demás se quedaban los días de grandes victorias Vg. Toma de Málaga, Santander, Asturias, etc.

Ya he dicho antes que dedicaba a la oración muchas horas; casi siempre estaba rezando el Rosario. ¡No sé cuantas partes rezaría cada día!.

El Señor Isidro me había dejado un pequeño librito, donde había un trocito de la carta de San Pablo a los Hebreos, precisamente aquel en el que se hace la apologia de aquellos personajes bíblicos que sostuvieron toda clase de penitencias a causa de la fe. No sé tampoco las veces que leí aquel pasaje, expresamente para que el Señor me ayudara a ser valiente si llegaba la ocasión.

10º: MIS DISTRACCIONES

Ya he dicho que cada día escuchaba Radio Salamanca a las diez de la noche, hora en que daba el parte de guerra.

Cuando los frentes estaban paralizados oíamos siempre el consabido parte: ¡Sin novedad en el frente!.

En los meses de las grandes batallas era un gran aliciente oír cómo avanzaban los ejércitos Nacionales y se iba acercando la hora de la liberación.

Cuando llovía o hacia mal tiempo, el Señor Isidro, me llamaba y pasaba conmigo largos ratos, charlando de una cosa y otra; generalmente siempre de la guerra y de las personas asesinadas por las carreteras.

Antes de que muriese la Señora Dolores, es-

posa del Señor Isiáro, venia a la chimenea y mientras cosía o arreglaba la ropa, también pasaba varios ratos charlando.

El "avi", Señor Rafael, padre del Señor Isidro, era el que más compañía me hacía, pues era ya de edad y no tenía nada que hacer.

La Señora Pepa, madre del Señor Isidro, igualmente pasaba algunos ratos charlando conmigo, ya era anciana y aunque nunca estaba parada, de cuando en cuando, también echaba sus parrafillos.

Las hijas del Señor Isidro, como eran todavía pequeñitas, generalmente pasaban sus ratos de ocio con sus amigas de la calle.

Los que me animaban mucho y me acompañaban también mucho, eran el Señor José, hermano del Señor Isidro y su esposa, Sra. Rosario.

Dicho matrimonio tenía una cerería en Barcelona: Baja San Pablo. 6'; durante la primavera y verano, la Sra. Rosario se quedaba día y noche en casa, Can Camp; por el contrario el Sr. José, iba y venía cada día a Barcelona.

En sus viajes diarios, me explicaba todo lo que la gente decía sobre el fin de la guerra.

Cuando logré ponerme en comunicación con el Padre José Gómez, dicho Señor me llevaba y me traía las cartas.

Pero sobre todo, nunca olvidaré el interés que el Señor José tenía de comprarme cada día dos o tres diarios de Barcelona: La Vanguardia, Mundo Obrero. Lo hacía para que yo me distrajera y pudiese seguir el curso de la guerra.

A pesar de las mentiras de dicha prensa, se podía ver a través de sus páginas, cómo la retaguardia roja, se iba poco a poco desmoralizando.

¡ Nunca agradeceré bastante al Sr. José, lo que por mí hizo en estos momentos!.

Visitas de personas ajenas a la casa, recibía muy pocas.

El Señor Elistuella de Granollers, que vino una vez. La Sra. Carbó y Sra. Pepita, también de Granollers, mujeres muy adictas al Convento y muy cristianas, vinieron dos o tres veces.

También me visitó el Sr. Miralles, un comerciante de zapatos de Granollers.

De vecinos de Can Camp, únicamente sabían que yo estaba escondido allí, dos señores muy de derechas: Los señores de Can Divin y Can Callé.

De los religiosos, estuve casi un año sin saber el paradero de ninguno de ellos.

Con el P. José Gómez, pude entrar en relaciones, pasados ocho o diez meses.

Fue entonces cuando vino a visitarme una o dos veces, como más adelante explicaré.

Hebía olvidado referir, que entre las visitas de seglares que recibí, una fue la señorita Maru la Serra.

Dicha señorita era de Granollers, pero vivía en Barcelona.

Lo único que se puede decir de ella y de dos sus hermanos: ¡Qué pasaron toda la guerra exponiendo sus vidas y socorriendo a los perseguidos!

¡Eran unos verdaderos Apóstoles!

11º: COMO ME DEFENDIA CCNTRA EL HUMO

No obstante esos momentos de distracción que tenía, lo cierto es que la mayor parte del día lo debía pasar arriba, dentro de la chimenea.

Por la noche, no había problema, lo difícil era soportar las doce horas del día.

Ya he dicho antes, que entre la puerta que da entrada a la chimenea y el agujerito por donde yo me metía, se formaba una corriente de aire que impedía que el aire subiera directamente al tejado, por el contrario, dicha corriente inclinaba el aire hacia ese agujerito; lo cual ha

cía que todo el humo penetrase derechamente en el espacio de la chimenea, donde yo habitaba.

Generalmente encendían el fuego hacia las siete de la mañana y permanecía ardiendo hasta las dos de la tarde.

A las seis lo encendían de nuevo y no se apagaba hasta las diez de la noche.

Al cuarto de hora, ya estaba mi "habitación" cubierta de humo.

¿Qué hacía yo en medio de aquella atmósfera?
¡Resistir! ¡Resistir! ¡Resistir!

Algunas veces me tapaba la cara con una manta que tenía para defendérme del humo. Otras veces, la mayoría, me tiraba encima de las tablas; comenzaba a rezar Padre Nuestros, el Salmo Miserere mei, con voz un poco fuerte hasta cansarme; entonces el cansancio me rendía, hasta que me quedaba medio dormido, mejor dicho, intoxicado.

Yo tengo un sueño bastante ligero, pues bien: muchas veces tardaba 10-15 minutos en despertarme cuando el "Cvi", el Sr. Rafael golpeaba el techo para que bajase a comer o cenar.

Tales eran los efectos del humo, que si me hubiesen hecho una radiografía al salir de la chimenea, me hubiesen encontrado los pulmones más negros que un tizón.

12º: CÓMO ERA MI CAMA

Mi cama era muy sencilla. ¿Cómo podía ser? Exigir otra cosa hubiese sido imposible, absurdo.

En el espacio de un metro y medio, dos de largo por uno de ancho, encima de la madera o tablas, había extendido una saca de paja, completamente llena.

Por almohada tenía unos ladrillos, sábanas no usaba, hubiese sido inútil.

Una manta muy gorda me defendía del frío en invierno. Todo esto era mi cama.

Dormía siempre vestido, sin desnudarme; úni

camente lo hacía, cuando cada semana me cambiaba la ropa.

La paja del jergón o saca, no lo cambié nunca; únicamente de cuando en cuando la mullía.

13: ¿TENIA FRÍO O CALOR EN LA CHIMENEA?

Eso dependía de las estaciones del año: mucho frío en invierno y mucho calor en verano.

El humo y el fuego de abajo no influían para nada en el ambiente.

Nunca olvidaré el calor de los meses de los dos veranos que me tocó pasar en la chimenea.

Yo oía a los familiares y vecinos, que a veces tomaban el fresco hasta las diez de la noche, y yo me asaba de calor!

Del frío me defendía mejor; me metía dentro del saco de paja, me tapaba bien, y entonces lo soportaba fácilmente.

Únicamente me molestaba el frío en los picos, pues como no me podía mover apenas, era difícil luchar contra ese elemento.

14º: COMO ME TRATABAN EN CAN CAMP

Fodría responder a esta pregunta que desde el primer día que entré en Can Camp, me trataban como uno más de la familia: Absolutamente ninguna distinción conmigo, en ningún sentido: la misma comida, la ropa necesaria, confianza e intimidad en los secretos de la casa.

Como ya he dicho en páginas anteriores, únicamente el tercer o cuarto día, el Sr. Isidro, me dijo que me marchase de allí, que por mi culpa, los iban a matar a todos ellos.

Entonces comprendía y ahora comprendo, que esta aptitud observada por el Sr. Isidro, era natural y lógica, pues efectivamente, se dieron muchos casos en que los comunistas asesinaron en el acto a todos los de la casa en que encontraban algún sacerdote escondido.

Yo no sé cómo fue tan bueno y virtuoso el

Sr. Isidro, al no echarme de su casa, si se piensa en el pánico y temor que por todas partes infundían los matarifes de la F.A.I.

15º: SEGUNDO REGISTRO EN LA CASA

Recordará el lector que los primeros días de mi estancia en Can Camp, un guardia de asalto, por nombre Tomás, me vio por la mañana, al ir a tomar el desayuno, y él a comprar la leche, pues no debemos olvidar que can Camp tenía 7-8 vacas, y vendían la leche sobrante a los vecinos.

A pesar de que la Señora Pepa dijese al Sr. Tomás, que un servidor se había marchado ya de su casa, hacia varios meses, dicho Sr. Tomás, debía observar algo particular en los horarios de abrir y cerrar las puertas a determinadas horas del día y de la noche.

De ahí que insistiera en los contactos con el Comité de que el "Fraret" todavía estaba oculto.

Efectivamente, a primeros de septiembre, un día por la tarde, a eso de las cuatro, se presentaron cuatro o cinco miembros del Comité para registrar la casa.

Primero preguntaron si había alguna persona escondida, si tenían algún faccioso.

Ante la respuesta negativa, se dedican a revisar todas las habitaciones de la casa.

Miran debajo de las camas, en todos los rincones de la casa; con una horca, pinchan en la paja de legumbres que había en la panera.

Después de reconocer toda la casa, al no encontrar nada, se marcharon con la acostumbrada amenaza:

¡Volveremos! ¡Pobres de vosotros si encontramos a ese fraile escondido!

Yo, como de costumbre a esas horas, estaba arriba en la chimenea.

Noté algo extraordinario ante las voces des

conocidas, y me supuse que se trataba de algún registro.

Inmediatamente vino la Sra. Pepa, la abuela, y me dijo todo lo que yo me imaginaba.

¡Nadie puede pensar lo que yo sufria en aquellos momentos!.

Por una parte me animaba diciendo: "Gracias a Dios, como no han encontrado nada, ya no volverán, ¡tranquilo!".

Pero por otra parte me decía: Esta buena familia estará asustada ante las amenazas de que volverían a registrar la casa otra vez, me dirán que me vaya a donde pueda, que no esté más allí, que soy un peligro constante para sus vidas.

Y con estas y otras parecidas reflexiones, pasaron otras cuatro semanas.

Yo continuaba el mismo género de vida.

16º: EL TERCER REGISTRO

Por tercera vez, vinieron a Can Camp los miembros del Comité Revolucionario de Granollers.

En el patio, que daba entrada a Can Camp, había varias ocas y patos, mezclados con las gallinas.

Esos animalitos notaban algo extraño cada vez que venían los revolucionarios, y lo manifestaban con su manera de piar.

Yo desde la chimenea, me daba cuenta y decía: "¡Ya están aquí mis amigos!".

También hacia las cuatro de la tarde, poco más o menos, había transcurrido un mes aproximadamente y se presentaron unos 14-20 milicianos.

Como medida de precaución, unos 10-12 rodean la casa, los restantes penetran en ella.

Después de reconocerla toda, esta vez, van a la chimenea.

La Señora Rosario, para despistar un poco, comenzó a encender el fuego, disimulando que

preparaba la cena.

Cuando llegaron a la chimenea, al ver que había poca luz y estaba muy oscuro, con amenazas de muerte, pidieron una vela para ver mejor.

Alegando la Señora que no tenía ninguna, le vuelven a amenazar con la pistola para que inmediatamente traiga una.

Esto fue providencial para mí: una puerta de la habitación de la chimenea comunicaba con el corral de las gallinas.

Mientras la Señora Pepa estaba buscando la vela y la Señora Rosario echando leña al fuego, el jefe de los revolucionarios abrió aquella puerta, ante la cual estaba paseando un magnífico gallo.

"¡Quin pollastre!" dijo en catalán el asesino, "¡cojamos este pollo, camaradas, y vamos a hacer una merienda!".

"Después de merendarnos este pollo volveremos y veremos rodar por tierra la cabeza de este fraile que está escondido aquí!".

A unos 200 metros de Can Camp había una taberna.

Se fueron, merendaron y no volvieron a casa Camp.

Se puede imaginar el lector, ¡qué momentos tan terribles para mí! Yo les oía y les veía a ellos perfectamente a través de unas rendijas de las bigas de la chimenea.

Si la Señora Pepa hubiese traído pronto la vela, nada más encenderla y elevarla un poco, me hubiesen cogido los pies.

No fue así, y un gallo, ¡me salvó!.

Tres o cuatro horas estuvimos pendientes de la merienda del pollo, pero viendo que las horas pasaban y los revolucionarios no venían, la Señora Rosario fue a la taberna, como para comprar, y con gran alegría vio que se habían ido ya los rojos.

Entonces volvió la tranquilidad nuevamente a Can Cam con los comentarios correspondientes.

Como ya he dicho, mientras la mitad registraba la casa, la otra mitad registraba por la parte de afuera las ventanas y tejado.

En aquellos momentos de apuros, me pasó por la cabeza escaparme de la chimenea por un pequeño agujero que había, y subirme al tejado.

¡El Ángel de mi guarda me iluminó y no lo hice! de buena me libré!

17º: EL INSTINTO DE LA MUERTE

Cuando en plan de registro entraron aquellos escopeteros, 16-18, en Can Camp, hacia las cuatro de la tarde como acabo de referir, yo estaba rezando; y en concreto, leía el maravilloso "Acto de preparación a una buena muerte" de San Alfonso.

Mientras registraban las habitaciones separadas de la chimenea, yo conservaba la calma y serenidad, siguieron mis rezos.

Pero el miedo a la muerte, o el instinto de conservar la vida, es tal, que cuando noté que se acercaban a la chimenea y venían por mí, perdí la calma y tiré el libro a un rincón.

Comencé a hacer Actos de Contrición, pero estaba más frío que el mármol.

No sentía yo la alegría de la muerte; la naturaleza se rebelaba en aquellos momentos.

Desde entonces aprendí a pedir para mí, para mis familiares, amigos y bienhechores y para todos aquellos con los que tengo que tratar material y espiritualmente, las gracias necesarias para obtener una buena y santa muerte.

18º: MI VIDA DE PIEDAD EN LA CHIMENEA

Cuando estuve las dos o tres semanas solitario por el bosque, se puede decir que mi oración era continua, día y noche.

Después que entré en la chimenea, antes de

tener a mano ningún libro de piedad, mi oración era, muchos y muchos Rosarios, Pater Noster, al gún salmo que sabía de memoria, etc.

Pasados los dos o tres primeros meses de la chimenea, alternaba la meditación vocal con la meditación.

Aunque no podía leer mucho, porque no tenía libros; segundo, porque apenas entraba un foco de luz por un agujerito de la chimenea.

Bastantes veces, rezaba el Rosario con el "avi" Sr. Rafael, momentos antes de la cena.

Estuve sin celebrar la Santa Misa y comulgar, más de un año entero.

El motivo fue, una visita que me hizo allá por el mes de octubre de 1937, el F. José Gómez.

Como dicho Padre tuvo la dicha de celebrar durante toda la guerra diariamente, me animó a que yo hiciese lo mismo.

Como ya había amortiguado un poco el rigor de la persecución religiosa, y los registros domiciliarios eran menos frecuentes, el Sr. Isidro me preparó una habitación y cada día por la mañana celebré la Santa Misa, hasta la vigilia de la Inmaculada de 1937, fecha en que abandoné la chimenea.

Estuve también sin confesar hasta el mes de octubre de 1937. A mediados de este mes, el F. José, me proporcionó un sacerdote, con el que pude confesar.

19º: DOS GRANDES CONTRATIEMPOS

A: El Sr. Isidro es detenido.

El Señor Isidro, fue y es una persona honrada, de orden y religiosa.

Cuando la dictadura del General Primo de Rivera, pertenecía al Somatén, o grupo de personas patrióticas, dispuesto siempre a defender España.

Durante la República, se distinguió siempre por sus ideales patrióticos.

Cuando comenzó la guerra, el Comité de Granollers y Canovellas, determinaron matar a todos aquellos que no pensaban como ellos.

A todo esto hemos de añadir, la circunstancia de que el guardia de asalto, Sr. Tomás, vecino de Can Camp, no hacía nada más que presentar denuncias contra el Sr. Isidro.

La finalidad de esos continuos registros de que fue objeto Can Camp, no era otra que la de buscar un pretexto para asesinar al Sr. Isidro. No hallándolo, se decidieron los rojos por considerarlo como fachoso, como perteneciente a la quinta columna.

Un día del mes de enero de 1937, se lo llevaron a la cárcel Modelo de Barcelona, para ver si encontraban algún motivo suficiente para liquidarlo.

No lo encontraron; cosa rara, porque bastaba el haber sido una persona honesta, para terminar con sus huesos en una cuneta.

Dos meses estuvo en la cárcel el Sr. Isidro, no lo pasó mal, pues ni le molestaron lo más mínimo, ni le faltó nunca la comida.

Se trató más bien de un sufrimiento moral, para él, para sus familiares, y sobre todo para mí, cuando pensaba que el Sr. Isidro que me había abierto a mí las puertas de su casa, se encontraba ahora sin libertad, con las puertas y ventanas de la cárcel Modelo bien cerradas.

B: Muere la Señora Dolores.

La Señora Dolores, era la esposa del Sr. Isidro, con la cual se casó hacia los años 25-26.

Era natural de Falou, de una familia de derechas. Tuvieron dos hijas: María y Pepita.

La Sra. Dolores en un principio se mostraba muy reservada con un servidor.

No había para menos, si pensamos que mi presencia en su casa podía ser ocasión de la muer-

te de todos sus familiares, si me hubiesen encontrado los rojos en uno de sus registros. Despues, poco a poco, comenzó a tener toda la confianza con un servidor, y muchas veces venía a coser debajo de la chimenea para hacerme un rato de compañía.

Durante el primer año de guerra que le tocó vivir, tuvo que sufrir mucho por las privaciones de la guerra, y sobre todo por la muerte de su padre, a quien los rojos asesinaron una noche en la carretera de Granollers-Barcelona, en la cuneta.

Nunca disfrutó de buena salud; sufría mucho de los nervios, y debía llevar por dentro los gérmenes de un cáncer de estómago que la llevó al sepulcro.

Yo iba cada noche a visitarla, durante los últimos días, y siempre me quedó el remordimiento de no haberla confesado, ya que otros sacramentos no podía administrarla.

¿Causas?. Parte, porque mis visitas tenían que ser rápidas, por si venían a verla otras personas; parte porque nunca llegó a saber la gravedad de su enfermedad, parte porque tal vez hubiese tenido reparos en confesarse conmigo dando la confianza que últimamente había puesto en mi.

Cada día en mis oraciones pido por ella, para suplir la solución que no recibió.

Como el día de la muerte y entierro fueron muchas las personas que acudieron a Can Camp, ese día lo tuve que pasar entero, hasta últimas horas de la noche, en la chimenea.

20º: UNA NOCHE FUERA DE LA CHIMENEA

Allá por el mes de Noviembre de 1937, uno de los vecinos de Can Camp, Jaime Crrius, hombre de derechas, de los pocos que conocían mi escondrijo, vino a decírnos que se corrían rumores de un nuevo registro: que iban a venir

nuevamente a la carga los del Comité de Granollers.

Esto nos lo comunicó hacia las 7 ó 8 de la tarde. Ante lo alarmante de la noticia y premura de tiempo, se decidió que un servidor saliera de la chimenea aquella noche y fuese a refugiarme en casa del mismo Señor, conocida con el nombre de Can Diviu Vell, a unos quinientos metros de Can Camp.

La razón de este traslado era sencillamente porque dicho Señor tenía en su casa un pozo clan destino, sin agua, de una profundidad de 7 a 8 metros, muy bien disimulado, pues en caso de alerta o peligro, se descendía al pozo y uno de los familiares estendía un poco de paja o hierba por encima y ninguno podía pensar que allí había nadie escondido.

A eso, pues, de las nueve de la noche, aprovechando la oscuridad me fui a Can Diviu; allí cené en compañía de su esposa Mercedes y otro Sr. de Barcelona, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, abogado, también perseguido por los rojos.

Después de cenar, bajamos al pozo; el Señor Jaime echó hierba por encima, dejando un pequeño hueco para la respiración, que no se podía distinguir, debido al forraje que lo ocultaba.

La preocupación era grandísima, debido a los bulos que habían circulado; nuestro miedo a que de un momento a otro vendrían a registrar la casa también era morrocotudo.

Pasan las horas de la noche y nadie apareció por allí, gracias a Dios. Antes de amanecer, siempre como las alimañas, al amparo de la oscuridad, regresé a Casa Camp.

Afortunadamente no pasó nada, pero nadie nos quitó de nuestro cuerpo el miedo y las molestias de haber pasado la noche en aquel palacio.

tan acogedor y con tantas comodidades.

21º: UN CRIADO FIEL

No puedo pasar por alto, antes de terminar mi domicilio en casa Camp, la fidelidad de un criado que el Sr. Isidro tenía en su casa.

Se trataba de un pobre Señor, muy ignorante y corto, pero no tonto. Hacía muchos años que llevaba trabajando en casa Camp.

Uno de los reparos que opuso el Sr. Isidro al recibirme en un principio en su casa, fue precisamente el que este criado me pudiese denunciar.

Los que no vivieron la guerra civil en zona roja, tal vez ignoran que los registros en las casas de personas de derribas, las denuncias más frecuentes, procedían precisamente de porteros, personal de servicio, etc.

Los rojos se servían de este medio para des cubrir a las personas perseguidas, consideradas por ellos como facciosas, enemigas de la República.

Iban a las casas, efectuaban el registro, y se llevaban a los escondidos para morir en una Checa o vilmente asesinados en una cuneta de las carreteras.

No creo que el Comité de Canovellas llegase nunca a preguntar nada a este criado, porque repetido, era considerado por todos como hébete o medio tonto.

Estoy seguro de que aún en el caso de que le hubiesen preguntado si había alguna persona escondida en casa Camp, el hubiese respondido negativamente o hubiese sabido muy bien disimular una respuesta evasoria.

Es digno, pues, dicho Señor, de que figure su nombre en esta breve crónica personal; no recuerdo ni nombre ni apellido; únicamente sé que lo llamaban: YEP.

22º: ¡REFUGIADOS DE ASTURIAS!

Otra de las causas de preocupación para las buenas familias, y sobre todo, para los que estábamos escondidos, era, la de los REFUGIADOS, es decir, de los que debían abandonar sus casas y ciudades, ante el avance de las tropas nacionales.

Una vez ocupada Asturias, la mayor parte de los mineros asturianos, pasando por territorio francés, se trasladaron a Cataluña.

Esto creaba un grave problema a la retaguardia roja de Cataluña, a la que habían confluido muchos de Valencia, Madrid, Aragón, Bilbao, y ahora lo hacían los de Asturias.

El Gobierno de Barcelona dio una disposición que todas las casas de los campesinos debían admitir, sine die, algún refugiado, que podía ser muy bien toda una familia.

Un día se presentaron en casa Camp, acompañados por el Presidente del Comité, tres o cuatro refugiados para vivir hasta que terminase la guerra.

¡Qué momentos aquellos para mí! ¡Hubiese sido imposible continuar un día más en la chimenea! Menos mal que a los dos o tres días, encontraron otra casa que les gustó más, se marcharon y yo y toda la familia Camp, respiramos.

¡Cosas de la Providencia de Dios Nuestro Señor para con este pobre religioso!.

23º: ¿PERDI ALGUNA VEZ LA SERENIDAD?

Los que lean estas páginas, habrán podido comprobar que hubo momentos, desde que salí del Convento hasta el presente, verdaderamente terribles, trágicos.

Horas de incertidumbre, cárcel, perdido por los bosques, soledad de chimenea, regidores, auto fantasma, etc.

Si he de decir la verdad, el Señor me conce

dió una resignación extraordinaria.

Unicamente una vez, después de haber oido la acostumbrada charla del General Queipo de Llano, a las diez de la noche, perdí la calma y serenidad de Espíritu, y fue porque dicho general dijo en su charla que si Inglaterra y Francia continuaban ayudando a los rojos, se podía prolongar la guerra; podían perder la guerra los nacionales.

Cuando me fui a mi descanso de la chimenea; después de casi año y medio de guerra, dije en mis adentros: "¡Dios Mío! Pero, ¿Cuándo va a terminar este infierno? ¡Voy a continuar eternamente en esta chimenea!".

Es que el mencionado general inoculaba grandes inyecciones de optimismo con charlas a todos los que en zona roja seguían la marcha de la guerra a través de sus charlas. Afortunadamente las noticias siempre eran buenas, porque los rojos cada día retrocedían y por el contrario, los nacionales, siempre avanzaban.

El pésimismo, mejor dicho el realismo con que expuso esa noche la ayuda inglesa a los comunistas, fue la causa de esos breves momentos de nerviosismo y desconfianza de todos y de todo.

CAPITULO V

EN BARCELONA!

1º: PCR QUE FUI A BARCELONA

Desde que abandonamos el Convento, del único religioso que sabía algo fue del P. José Aranda.

Dicho religioso tenía mucho contacto con las hermanas Serra, Lola y Manuela, las cuales se habían trasladado a Barcelona al comenzar la guerra y estaban haciendo obras de misericordia con todos los perseguidos y necesitados.

Por medio de estas hermanas me escribía de cuando en cuando y me daba cuenta de su vida.

Me mandaba intenciones de Misa, alguna que otra limosna que almas caritativas le daban él.

Transcurridos ya 17 meses de cautiverio en la chimenea; en los primeros días de diciembre de 1937, el P. José vino a hacerme una visita a la chimenea.

Cuando vio el lugar y las penalidades que necesariamente le acompañaban, me invitó a que cambiase de domicilio, y me fuese con él a Barcelona.

Sin documentación alguna, mejor dicho, con un carnet de identidad que me presentó el Sr. Jaime Crrius, en cuya casa pasé una noche en el pozo.

Los primeros días los pasé en la calle Núñez 1C, que era donde vivía el P. José, en casa de unas hermanas buenísimas, cristianísimas; todo lo que se diga es poco.

Salía, entraba, hacia la vida ordinaria; aunque hay que reconocerlo, muy imprudentemente, pues la Policía Roja, organizaba de cuando en cuando redadas para detener a la Quinta Columna, es decir, a todos los que ellos consideraban

enemigos del comunismo.

Debido a la escasez de alimentos y sobre todo, con el fin de evitar sospechas, ya que nos encontrábamos juntos dos jóvenes, el P. Jesé y un servidor, se determinó que yo me trasladara a otra casa de Barcelona: Calle Notariado 3.

En esta casa vivía el P. Antonio Vicente Crítiz, con Doña María, que era la que lo cuidaba. Frente por frente en el mismo escalón, vivía otra familia muy cristiana; el marido era médico y tenía un hermano Jesuita.

Con la ayuda de todos pude pasar allí dos o tres semanas, hasta pasadas las Navidades de 1937.

2º: COMO PASE ESAS NAVIDADES

For la noche, no me moví de casa; por la mañana del mismo día de Navidad, el P. José me mandó a celebrar la Santa Misa en casa de una buena familia, muy cristiana, pero reducida a la miseria, porque los rojos la habían expoliado de todos sus bienes.

Terminada la Misa, me tuve que volver a casa. Mi comida ese día de Navidad fue únicamente una pequeña ración de remolacha cocida, con un poco de agua.

Si almenos hubiese sido de las dulces, pero ni eso. ¡Era de las que comían las vacas!.

Sin pan, sin postre, sin nada. Unicamente un poco de remolacha.

3º: CON EL PADRE AGUSTIN CISNEROS

Durante esas dos o tres semanas que pasé en Barcelona a finales del 37, pude dar con el paradero del P. Agustín Cisneros.

Efectivamente, dicho padre había conseguido vajar a Barcelona, y en un piso alquilado, había abierto un pequeño colegio de unos 30 a 40 niños. Con lo que ganaba vivía él, la Señora Anglada y una hermana del P. Modesto Vegas.

Aunque sin documentación ninguna, tanto por parte suya como mía, temerariamente cada día salíamos a dar algún paseo por distintas calles de Barcelona.

Una vez un Bombardeo de la aviación Nacional nos sorprendió en plena vía Layetana, a eso de las ocho y media de la noche. Pero todo es acostumbrarse: Ab assuetis nos fit passio, dicen el latín. Como si tal cosa. Los dos, igual que la demás gente, seguíamos impertérritos nuestros paseos y ni dábamos importancia alguna a las potentes bombas que derrumbaban edificios y segaban vidas humanas.

42: CONTACTOS CON OTROS Sacerdotes

En esas dos o tres semanas de permanencia en Barcelona, logré hablar con un sacerdote, muy amigo de nuestra Orden, Don Pedro Bordoy, que fue el Señor que siendo amanuense de un notario de Granollers, en 1905, trajo a nuestros religiosos a Granollers.

Un servidor le había visitado antes de la guerra en el Convento de S. Elias, como capellán de las monjas clarisas.

De ahí venía mi relación con dicho sacerdote; durante la guerra mi visita a su casa tenía únicamente como finalidad interesarme por él, y aprovechar para confesarme.

Otra de las visitas a sacerdotes, fue la que hice varias veces a Mosén Jesús, futuro párroco de la Ametlla del Vallés.

Una gran amistad unía nuestro Convento a este sacerdote antes de la contienda civil, ya que íbamos muchas veces a prestar nuestros servicios religiosos a su parroquia, cuando él era todavía coadjutor.

En estas visitas nos animábamos, nos informábamos, nos ayudábamos económicamente con estípendios de Misas, quien las tuviera.

5º: NO SABIA ANDAR

Al descender del tren en Barcelona, me sucedió una cosa curiosa: los pies no me acompañaban, de repente e improvisadamente, se me paraban y no podía continuar andando. Fue necesario el ejercicio de dos o tres semanas para poder andar normalmente.

¡Nada extraño, después de casi año y medio que había permanecido inmóvil y sin ejercicios ninguno en la chimenea!.

CAPITULO VI

EN LA GARRIGA Y OTROS PUEBLECITOS DEL VALLES

1º: EN LA GARRIGA

Con motivo de la festividad de la Inmaculada, el P. José, me rogó si quería hacer el favor de ir a celebrar la Santa Misa a la Garriga, en casa de una familia muy cristiana, en la que se reunirían ese día varias familias más, para celebrar la fiesta. Esa casa se llamaba Can Reich.

Yo, sin documentación alguna, cogí el tren de las siete de la mañana, a las nueve llegaba a la casa de esa familia, donde me esperaban cinco o seis familias más, de riguroso incognito.

Se confesaron casi todos, escuchamos la Santa Misa y les prediqué sobre la Virgen.

Después de la comida, esa buena familia me ofreció su casa por si quería pasar allí unos días.

Acepté la invitación de mil amores. Me trataban como a un rey, viendo en mi al Ministro del Señor.

La mayor parte del día lo pasaba en casa, haciendo compañía al esposo de Doña Conchita, propietaria de la casa, el cual se había escondido para huir de los rojos, los cuales lo buscaban para matarlo.

De cuando en cuando, salía a dar un paseo por un bosquecillo cercano, regresando a la hora de la comida o de la cena.

2º: EN SAMALUS

Esa buena familia de Can Reich me puso en relación con otra buena familia del vecino pueblo de Samalús, a donde fui a pasar unos días.

Dos fueron las familias que me albergaron: Can Miguel y otra, cuyo nombre ya no recuerdo.

Las dos me trataron muy bien durante los ocho o diez días trascurridos en su pueblo.

También hacía mis salidas de cuando en cuan-
do, por los bosques vecinos.

3º: EN LA AMETLLA

Como el Sr. Jaime Orrius, vecino de Can Camp de Canovellas, tenía una hermana en la Ametlla, en cuya casa se hospedaba un propietario de Vich, que vino varias veces a confesarse a la chimenea, igualmente buscado a muerte por los comunistas, yo aproveché la cercanía de la Garriga a la Ametlla, para ir a visitar a ese buen Señor, y pasar tres o cuatro días entre la Ametlla y Santa Eu-
lalia.

Dos familias me admitieron en la Ametlla: Can Perdulich y Can Rexart, ambas campesinas, en las que no escaseaba la comida.

En Can Rexart, sucedió un caso curioso: La primera noche que pasé allí, vinieron a robar las gallinas.

Tenían unas 300 ó 400 gallinas. Mi habitaci-
ón estaba encima del gallinero; un perro feroz vigilaba la entrada de la casa.

Pues bien: ni yo ni los amos de la casa nos dimos cuenta que habían venido a robar las gallinas; únicamente cuando la Sra. Dolores, la Sra. de la casa, por la mañana fue a dar de comer a las gallinas, se encontró con el gallinero completamente vacío.

Desde la Ametlla, un día me acerqué a visi-
tar dos familias en Santa Eulalia de Rosanas; no conocía a ninguna de esas dos familias perso-
nalmente; una, era de las familias más pudientes de dicha población, y la conocía por lo que ha-
bía oido hablar al hermano Buenaventura, limos-
nero del Convento. La otra familia era una de tantas que se iban conociendo durante la guerra
pues cuando estabas en una casa te indicaban qué familia vecina era de confianza para que

uno pudiese llamar a su puerta en condición de sacerdote.

Un día pasé a casa de esas dos buenas familias; por la tarde, regresé a Can Perdulich, atravesando con gran nostalgia la Riera de Santa Eulalia, a donde íbamos muchas veces con los niños postulantes, y nosotros de pequeños a bañarnos.

¡Qué momentos más terribles de soledad aquéllos! Ahora yo solo, expuesto a que me detuvieran nuevamente; hacía ya casi dos años, jugábamos, nos bañábamos, pescábamos juntos con otros compañeros, de los cuales uno el P. McLesto Vegas, había sido asesinado no muy lejos de esta Riera, en Llisá de Munt.

4º: NUEVAMENTE EN LA GARRIGA

Transcurridos 15 ó 20 días en esos pueblecitos, regresé a Barcelona, donde pasé las Navidades del 37, de la forma que ya he explicado.

A finales de enero volvía a la Garriga, a la casa de la misma familia Reich.

Hacía la misma vida que la temporada anterior: Entraba, salía, paseaba, visitaba a alguna otra familia de la misma población.

Una mala noticia nos tristeció a todos los que esperábamos con ansia la llegada de los nacionales, que cada día avanzaban, pero que tardaban en llegar.

Dos submarinos rojos habían hundido con toda su tripulación al crucero Baleares, cerca de Balma de Mallorca. Esa noticia embargó de pena y tristeza a todos los españoles que vivíamos en zona roja, como en una cárcel.

Era el primer viernes de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino.

CAPITULO VII
DE NUEVO EN BARCELONA

1º: CALLE NOTARIADO 3

Después de haber pasado desde el 6 de diciembre de 1937, hasta primeros de marzo, entre Barcelona, la Garriga, la Ametlla, Samalús, Santa Eulalia y alguna que otra visita a Can Camp, volví a Barcelona, calle notariado 3, para ver si poco a poco me iba abriendo paso, en espera de que la guerra llegase a su fin.

Pero los días pasaban y, los alimentos escaseaban; como nunca faltaban las almas buenas, una tarde se presentó en calle Notariado un matrimonio de Tarrasa, interesándose por mi situación a base de los datos que le había suministrado Manuela Serra, de la que ya se ha hablado en estas memorias.

Me propusieron dejar Barcelona e irme con ellos para cuidarme un poco de dar lecciones a sus tres o cuatro hijos, entre los siete y doce años de edad.

La finalidad principal de esa buena familia era ayudar al sacerdote necesitado, como poco después pude comprobar.

Yo acepté de buena gana y al día siguiente por la mañana, cogía un tren que me llevaba a mi nuevo destino.

CAPITULO VIII

POR ALGUNOS PUEBLOS NORTEÑOS DE LA PROVINCIA DE BARCELONA

1º: PERAFITA

La buena familia de Tarrasa, tenía una casa al límite norte de la provincia de Barcelona, que le servía años pasados para sus vacaciones veraniegas, en la ciudad de Perafita.

Allí estuve unos cinco o seis días.

Salí de Barcelona con tren hasta Vich, allí tuve que coger un autobús de linea que me conduciría a mi destino. Como iba sin documentación alguna, el peligro del control y petición de documentos era grande; mi ansiedad mayor, ¡afortunadamente no pidió nada nadie, y pude llegar a mi nuevo domicilio sin novedad alguna.

El día lo pasaba con esta familia, la noche, debía ir a otra casa, cuyo marido había sido asesinado por los rojos.

Entre las lecciones que daba a los niños y algún que otro paseo que daba por las afueras de la ciudad, transcurrían las horas. Hasta que una noche llega la noticia que al día siguiente el Comité iba a pasar casa por casa, pidiendo documentación a todos los escondidos, desertores del ejército rojo, etc.

Yo no podía permanecer más tiempo allí; muy de mañana, dejo esa familia y me dirijo a una casa solariega, a unos tres Kms de la ciudad, integrada por una familia muy cristiana, donde pasé muy bien todo el día.

2º: EN SAN BOY DE LUSANES

Ante aquella situación de persecución de todo el elemento joven y religioso, no podía permanecer tampoco más tiempo en aquella casa de campos: Las Eures, muy conocida y destacada en

Parafita a causa de su ascendrado patriotismo y religión.

A eso de las seis de la tarde, con día muy bueno, siguiendo unas orientaciones que esa buena familia me proporciona, entre las viñas y bosques, para evitar el encuentro con toda persona humana que me pudiese denunciar, me dirijo hacia el pequeño pueblecito de S. Boy de Lussares, a unos 15 kilómetros de Vich.

Hacia las nueve de la noche llamo a la puerta de una familia que yo no conocía para nada; únicamente mi declaración de sacerdote y una presentación verbal de la familia anterior, bastaban para que me abriesen la puerta y me diesen algo que comer y donde dormir.

Efectivamente se trataba de una familia bucánisima, que me recibió con los brazos abiertos y me trató muy bien.

Pero como estaba en el centro de la ciudad y era muy difícil pasar desapercibido, por la mañanita, a eso de las cinco, tuve que coger nuevamente otro coche de linea, con mucho miedo y preocupación por el famoso control de viajeros, y buscarme otro escondite.

5º: EN FUGAROLAS

Desde S. Boy, me dirijo, pues, a Vich y, en el cruce de carreteras Vich-Manlleu me apeo para ir a pie a la pequeña aldea de Fugarolás, patria de Mosén Cinto Verdaguer.

Siguiendo la consigna consabida, me presenté primero en una casita diciendo que venía de parte de... amigos tuyos. Después al día siguiente me fui a otra y, finalmente fui a pasar dos o tres días a una casa, donde había yo no sé cuántos escondidos: religiosos, militares, etc.

Durante esos dos o tres días, como la casa estaba en pleno campo, salíamos todos y dábamos una vuelta al aire libre. Allí aprendía a ir en bicicleta.

Gracias a que casi todas esas familias de la Plana de Vich eran familias auténticamente cristianas y amantes de España, no había casi peligro de denuncia alguna por parte de elementos sospechosos.

CAPITULO IX
EN VICH

1º: POR QUE FUI A VICH

A pesar de la buena voluntad de todas esas buenas familias cristianas, que de una manera tan heroica ayudaban a los sacerdotes, religiosos y patriotas, no se podía continuar un día más viviendo en una casa y, otro en otra.

Ante la situación, una tarde tomé esta resolución: En Vich vivía una hermana de Jaime Orrius, vecino de Can Camp en Canovellas, llamada Josefa.

Yo no la conocía ni la había visto nunca; únicamente había oido hablar a su hermano de ella.

Estaba casada, con dos niños ya maycricitos. Su marido, Sr. José, políticamente hablando, era considerado como simpatizante con las Izquierdas, aunque en realidad era amante del orden y de la disciplina. Cristianamente, uno de tantos. Mas bien favorable que contrario a la religión.

Vivían en la calle 18 de julio. Una noche, hacia las nueve, completamente a oscuras, decidi presentarme a esa familia.

Ellos tampoco me conocían; seguramente que habrían oido hablar de mi a través de su hermano Jaime.

Después de una peripécia, pues por poco me ahogo al atravesar el pequeño río que separa Vich de Fugarolas, cuyo nombre en estos momentos no recuerdo. Llego y llamo a la puerta de esta buena familia y les digo quien soy: un religioso conocido de su hermano.

Me recibieron con las manos abiertas, no pusieron reparo alguno, debido precisamente a la reputación que el Sr. José tenía: simpatizan

te con las Izquierdas y, por tanto, de ninguna manera era sospechoso de ocultar Fascistas en su casa.

2º: MIS PRIMEROS DIAS EN VICH

Al día siguiente de mi llegada, celebraban la fiesta de S. José. Fiesta onomástica del padre y del hijo. Hubo una Misa a la cual temerariamente asistieron varios familiares y algunos vecinos de la misma escalera. ¡Gran fiesta de familia!

Y casi durante dos o tres semanas celebraba la Misa y asistían varias personas y niños de dentro y fuera de la escalera.

Tuvimos que certar por lo sano; al cabo de tres semanas, no se admitió más a persona ajena a la familia a la celebración de la Misa. Nos hubiesen detenido muy pronto.

3º: ENFERMO DE TIFUS

Iban pasando los días; yo daba algunas lecciones a los niños, leía, rezaba, estudiaba, escuchaba la radio.

Había un vecino, el Sr. Regino, propietario de una tintorería en la misma escalera, muy perseguido por los rojos, el cual me hacía muchos ratos compañía durante el día.

Los primeros meses estaba escondido juntamente conmigo, un cuñado del Sr. José, casado con una hermana de la señora Josefa, por nombre Ramón Pla de la Sala, era de Roda de Ter y, había tenido que huir de su casa, porque los rojos lo buscaban a muerte. Era un Señor auténticamente católico. Un poco pesimista en cuanto al fin de la guerra, aunque yo le tenía que animar a él, no obstante nos hacíamos mutua compañía y nos consolábamos en nuestras penas.

Alguna vez vinieron a visitarme las hermanas Lola y Manuela Serra de Barcelona, las cuales me traían noticias del P. José y de otros

religiosos, y me traían también estipendios de Santas Misas.

Tuve también algunas visitas de sacerdotes, entre ellas, la de Mosén Juliá de Granollers, que se hallaba escondido en una casa de Torrelidó.

Muchas veces los domingos y fiestas quedaba solo en casa, porque toda la familia con los niños se iban a pasar un día de campo, a pescar, a buscar aceite y comida... Lo cual es caseaba mucho en zona roja.

A mi ofortunadamente no me faltó: nunca, el Sr. José se las arreglaba de tal forma y manera que nunca faltó nada en casa.

Yo vivía como un rey en todos los sentidos: bien limpio, bien alimentado corporalmente; no hubo nunca una distinción para conmigo, todo era común y todo era para todos, lo mismo que en casa Camp de Canovellas.

Espiritualmente me encontraba bien, porque celebraba cada día y tenía facilidad de confesarme con los sacerdotes que gozaban de libertad, no por parte de los rojos, que los hubiesen matado a todos, sino porque tuvieron la suerte de camuflarse y procurarse documentación, siempre falsa desde luego.

Pasados cuatro meses, a primeros de agosto, exactamente un domingo, el día de Santo Domingo, 4 de agosto, la familia se marchó a pasar un día de pesca en el Ter.

Yo comencé a sentir molestias en el vientre bastante fuertes; no comí nada aquel día.

Cuando regresa la familia, les digo que me encuentro mal; me pongo el termómetro y veo que tengo cuarenta grados de fiebre. Pasan tres, cuatro, cinco días y la fiebre continua alta. Se trataba de un tifus que me duró hasta el tres de septiembre, con unos dolores extraordinarios de vientre y cabeza.

Lo peor era que no se podía avisar a ningún médico, porque entonces me hubiesen descubierto los rojos con peligro para toda la familia.

Unicamente, a través de unos conocidos, hablaban con un médico católico de Vich, el cual les indicaba las medicinas que debía tomar.

Llegué a estar muy grave; yo me veía morir; la familia sabía disimular muy bien. Si hubiese muerto, después supe el plan que esa buena familia había concebido: hacerme trozos, meterme en un saco y por la noche tirarme al río. No había otra posibilidad. Si los rojos hubiesen llegado a saber que en esa casa había muerto un religioso, hubiesen asesinado en el acto a toda la familia y a varias familias más de la escalera.

4º: UN DECRETO PROVIDENCIAL

Mientras iba desarrollándose lentamente y con muchos dolores y molestias la enfermedad del tifus; a finales de agosto, cuando ya noté una cierta mejoría, el Gobierno de la República promulgó un decreto en virtud del cual, los que acreditasesen su condición de sacerdotes, serían destinados a servicios auxiliares en los hospitales y demás centros sanitarios.

En un principio, los sacerdotes escondidos pensábamos que se trataba de una trampa para cogernos a todos y fusilarnos, conforme hicieron siempre desde el primer día que comenzó la guerra.

No obstante, las intenciones del Gobierno eran buenas, aunque la aplicación de dicho decreto dependía después de los famosos comisarios políticos: Si uno tenía la suerte de dar con un buen señor, estaba salvado; diversamente había caído en la ratonera y pronto era asesinado.

Pasados unos días, comuniqué mi decisión a mis buenos bienhechores, Sr. José y Sra. Josefa. Ellos se opusieron y, me dijeron que no me

presentase, que continuase en su casa hasta que terminase la guerra.

Había además otra circunstancia que influyó bastante en mi determinación: a medida que los nacionales iban ocupando terreno, se iba extrechando la zona roja y, aumentando el número de refugiados de toda la zona roja. Como me sucedió en casa Camp, lo mismo amenazaba acontecerme ahora en Vich: millares y millares de refugiados iban ocupando todas las casas; se montó un escuadrón de policía con la única misión de ir casa por casa, en las ciudades y en los bosques, en busca de personas escondidas y desertores del ejército.

Ante tan alarmante situación, yo decidí acegerme al decreto del Gobierno.

5º: LOS MEJORES EJERCICIOS ESPIRITUALES DE MI VIDA

Una vez que había decidido presentarme a los rojos, me quise preparar bien espiritualmente, por lo que pudiera suceder. Con este fin, hice unos ejercicios espirituales de ocho días de duración, que entonaron y dispusieron para lo que el Señor tuviese dispuesto conmigo. Me serví de un librito de Alfonso Ma de Ligorio: Preparación a la buena muerte.

Mi intención principal al presentarme a los rojos, era sin duda, aprovechar la primera ocasión que se terciase, para pasarme a los nacionales en el frente; pero si tenía que morir también estaba dispuesto.

6º: ANTE EL COMITÉ ROJO DE VICH

La enfermedad del tifus había casi desaparecido ya; aunque había dejado mi cuerpo como una piltrafa; después de cuarenta días con cuarenta grados de fiebre. ¡Nunca podré dar las debidas gracias a la pobre Sra. Josefa por todos los cuidados y mimos que tuvo conmigo durante mi larga

enfermedad! Todo lo que se diga es poco!

Pues bien: cuando ya comenzaba a hacer algún pinito y me daba cuenta que iba poco a poco recuperando mis fuerzas, una tarde, el día 18 de septiembre, festividad de S. José de Cupertino, decidí presentarme ante las autoridades rojas en el Ayuntamiento de Vich.

Al salir de casa donde había estado encerrado casi medio año continuo, las piernas apenas si se sostenían al bajar la escalera.

Mi preocupación y miedo al comparecer por segunda vez ante un comité rojo, no eran pequeños; pero para algo habían servido los ejercicios espirituales.

Una larga cola estaba formada en el ayuntamiento, porque habían llamado nuevos reclutas, con motivo de la batalla del Ebro, de 1938.

Cada uno iba haciendo su presentación y declarando su filiación. Yo conservaba la serenidad hasta que me llegó mi turno.

"¿PROFESIÓN?" "¡SACERDOTE RELIGIOSO!"- contesté resueltamente. La mesa del Tribunal estaba integrada por ocho o diez individuos; quedan pasmados ante mi declaración. Yo me temí lo peor; hasta que el que hacía de presidente de la mesa me dijo: "Está bien, camarada, si puedes garantizar tu condición de sacerdote, te podrás acoger al decreto del Sr. Negrín; diversamente irás al frente del Ebro mañana mismo".

"¡Camarada, repuse yo, ¿Cómo puedo yo ahora, en estos momentos, probar que soy sacerdote? Yootros habéis matado a todos mis superiores, al Señor Obispo. ¿A quién puedo yo regurrir? ¿No os parece que la mejor prueba es esta declaración que yo hago en estos momentos tan difíciles, ante todos vosotros?".

Terminó el diálogo con estas palabras por parte del presidente: "Esta tarde mismo iréis a

Tarrasa para pasar por el tribunal médico militar; si tú puedes alegar algún documento en favor de tu condición de sacerdote, bien; si no ¡allá te las veas!".

7º: MIS ULTIMAS HORAS EN VICH

Como era natural, la Sra. Josefa y el Sr. José esperaban ansiosos el desenlace de mi presentación al Comité.

A pesar de que les dije que todo había ido bien y que tenía que dejar su casa, todavía insistieron para que no me marchase; que continua ra allí, porque temían que me iban a matar o mandarme al frente del Ebro para colocarme en primera fila y allí morir, como habían hecho con otros sacerdotes y patriotas.

Ante mi insistencia, cesaron en sus ruegos; me prepararon la ropa necesaria y una buena merienda para el camino; morienda que me duró dos o tres días.

A eso de las cinco de la tarde, nos hallábamos concentrados grandes grupos de jóvenes para ir al centro regional de reclutamiento rojo, instalado en Tarrasa.

En un principio querían que fuesemos desde Vich a Tarrasa andando, por falta de camiones militares, pero al fin se resolvió el problema y hacia las seis y media de la tarde dejaba Vich para trasladarme a Tarrasa.

CAPITULO X
EN TARRASA

1º: CRIN 16

En Tarrasa tenían los rojos el centro de reclutamiento para la provincia de Barcelona.

A ese centro fuimos a parar todos los que nos presentamos en Vich. Llegamos a Tarrasa hacia las siete de la tarde.

Debíamos hacer ctra presentación y nueva filliación. Los que no alegaban impedimento alguno, al día siguiente eran enviados a la batalla del Ebro, que estaba en aquellos días en su punto álgido.

El tribunal era más numeroso que en Vich. Tan pronto como llegué a dicho tribunal procuré formarme mi composición de lugar y ver qué postura tomar. Como en Vich, hice constar mi condición de sacerdote, alegando además que sufría de corazón, pues los que alegaban alguna enfermedad, por de pronto se ahorraban de ir al Ebro al día siguiente.

Al declarar mi condición de sacerdote noté que nadie se extrañaba, como si fuese una cosa normal. Entonces yo no sabía nada, lo sabría un mes después, cuando en el hospital de Moyá nos reuniríamos otros dos o tres sacerdotes.

Sencillamente: la mayor parte de los que formaban el tribunal o hacían de secretarios del mismo, eran sacerdotes camuflados, pertenecientes a la Quinta Columna. No decían nada, pero tenían como consigna ayudar a los demás en el sentido que en la clasificación que hacían, enviaban a todos los sacerdotes que por allí pasaban a hospitales o a otros sitios donde estuvieran lejos del frente de la guerra.

El sacerdote que más tarde fue mi compañero

en Moyá, me explicó el secreto de mi destino a Moyá como sanitario.

2º: EN BUSCA DE UNA FAMILIA

Terminadas las diligencias de filiación, lo primero que hice fue ir en busca de una familia, cuya dirección me habían dado en Vich, con el fin de poder celebrar la Santa Misa al día siguiente, cosa imposible en el cuartel.

Pero por muchos paseos que di no pude encontrar a dicha familia.

Con gran pena, regreso al cuartel, a correr la suerte de los demás, sintiendo sobre todo que me iba a quedar sin celebrar la Santa Misa. El cuartel no era nada más que una gran nave de una fábrica, habilitada provisionalmente para esos usos de guerra.

Nuevamente recogía el fruto de los mejores Ejercicios Espirituales de mi vida.

3º: ENCUENTRO PROVIDENCIAL

Efectivamente, me había puesto en las manos del Señor y El, me había conducido de una manera admirable.

Recordará el lector que estuve en Perafita, pueblecito del norte de la provincia de Barcelona, allá por el mes de febrero de 1938. Una tarde de vino una familia, también de Tarrasa, a merendar en casa de los señores que me tenían medio escondido. Un servidor estaba presente en aquella ocasión y tuve el gusto de conocer a esa buena, cristiana y patriótica familia.

Mis tratos con esa familia se redujeron a un par de horas, lo que duró la merienda, no la volví a ver más. Habían transcurrido por tanto, unos siete u ocho meses.

Cuando yo regresaba al cuartel, ya muy avanzada la tarde, casi a oscuras, frente a la misma puerta del cuartel, me tropiezo con un señor que me saluda; en un principio ya no lo recono-

cía; después de intercambiar unas palabras me di cuenta que se trataba del señor que había visto en Perafita hacia ya siete u ocho meses.

Al preguntarme qué hacía yo en Tarrasa y exponerle mi angustiosa situación me respondió: "¡No te apures, todo resuelto, ven esta noche a cenar y dormir en mi casa. Mañana es la fiesta de la Virgen de la Merced, fiesta onomástico de mi hija. Su novio es el presidente del tribunal médico de Tarrasa. El te arreglará los papeles y podrás ir a donde más te convenga!".

Así fue. Por lo pronto ya encontré casa donde celebrar la Santa Misa. Al día siguiente se presentó el novio de la hija de este Señor, fabricante de Tarrasa; celebré la Santa Misa con mucha solemnidad, terminada la cual saludé al médico militar y ultimamos todo lo necesario para arreglar mi documentación, con el fin de no ir al frente y tener mientras durase la guerra, derecho a un chusco.

¡Nunca he visto tan palpable la Providencia del Señor!.

42: INSUFICIENCIA MITRAL

Habíamos quedado con el médico que al día siguiente, por la mañana, él iría a la oficina del tribunal, me reconocería y me daría útil para servicios auxiliares, los cuales, en mi condición de sacerdote, debería prestar en un hospital.

Como los demás soldados, estaba yo esperando mi turno de reconocimiento médico; frente a las oficinas había una farmacia; yo veía que entraban muchos soldados antes de ser reconocidos, al preguntar la causa de tantas entradas en la farmacia, me dijeron que se trataba de comprar unas pastillas, las cuales ponían inmediatamente en movimiento acelerado al corazón, para que cuando el médico nos revisase pudiese alegar que padecíamos de insuficiencia mitral. Así pensaba-

mos que nos librariamos de ir al frente.

Como el médico tardaba y mi turno se acercaba, dudando ya de que viniese dicho médico, yo también compré esas pastillas, las tomé, entrando a funcionar a toda marcha el corazón.

Me reconoció otro médico distinto; no vi ni lei el fallo, únicamente sé que pasados dos o tres días, llegó mi médico protector, el cual, como sabía mi nombre, corrigió los papeles, dando acto para servicios auxiliares.

En honor a la verdad debo decir que seguramente no hubiese necesitado ese certificado, pues los sacerdotes que estaban en el tribunal de Tarrasa, se habían preocupado de resolver mi situación, aunque yo no sabía nada; lo supe más tarde.

5º: MI ESTANCIA EN TARRASA

Arreglado el papeleo y con un documento en mi boisillo, en el que constaba que yo era soldado de la República, destinado a servicios auxiliares, ya podía respirar tranquilo. Podía ir de una parte a otra, de un pueblo a otro con libertad, después de haber pasado casi tres años escondido.

En Tarrasa mi estancia duró unas dos semanas; el día lo pasaba en el cuartel y por la calle, como los demás soldados; por la noche iba a dormir a casa de esa buena familia, donde podía celebrar la santa Misa.

Las comidas las hacía en el cuartel. ¡Por cierto que también pude constatar la intervención de la Providencia Divina!

Como recordarán mis lectores, en Vich había sufrido un terrible tifus del que no pude evitar todas sus consecuencias, sobre todo, tratándose de una enfermedad reciente: tenía el estómago desecho, a pesar de los mimos con que me había tratado esa buena familia.

Pues bien: la comida del cuartel era pésima ¡Casi siempre, único plato y por añadidura: garbanzos! ¡Cuatro garbanzos, diluidos en un litro de agua! ¡Más duros que perdigones!

A pesar de todo eso, apenas transcurrida una semana con ese régimen tan estrecho para mi estómago, mejoré notablemente, dejé de sentir molestias y comencé a comer de todo lo que me daban.

¡Admirable Providencia del Señor!

6º: UNA CARA CONOCIDA

No quiero terminar este capítulo de mi estancia en Tarrasa sin referir el caso siguiente: La misma tarde que yo llegué a Tarrasa e hice mi presentación en el cuartel, hacia lo mismo otro Señor, cuya cara era para mi conocida. Se trataba nada menos que del famoso Forcaire de Granollers, asesino número uno del Vallés, el cual había matado a nuestros religiosos y a mí me había llevado a la cárcel.

Tres o cuatro personas nos separaban en la cola de la ventanilla; yo lo conocí perfectamente; lo que no sé es si él me vio a mí o hizo el desentendido, dado que el final de la guerra se inclinaba ya hacia los nacionales después de la batalla del Ebro. No pasó nada, sencillamente que él, como buen marxista, al día siguiente saldría para el Ebro, yo por el contrario, procuraba quedarme en la retaguardia para colaborar con la Quinta Columna a la victoria de las tropas nacionales.

Tuve unos momentos de miedo pensando que a lo mejor, si me hubiese reconocido, o me hubiese denunciado o me hubiese fusilado; aunque ya en los últimos meses, el temor de rendir cuentas al vencedor evitaba muchos crímenes.

CAPITULO XI

EN BARCELONA

Transcurridas dos o tres semanas en Tarrasa, nos trasladaron a Barcelona a todos los que habíamos sido declarados aptos únicamente para ser servicios auxiliares.

Nuestro cuartel provisional radicaba en el antiguo Asilo Durán, al final de la calle Balmes, que era un edificio muy amplio y grande.

Llevaba este cuartel el nombre de: TERCER CENTRO DE RECUUPERACION MILITAR; aquí nos clasificaban y nos destinaban a distintos sitios, bien del frente bien de la retaguardia.

Cuando me percaté del panorama, dado que to davía no había recibido mi destino como sacerdote, lo primero que hice fue ganar tiempo; que fuesen pasando los días.

Con este fin, me apunté a un cursillo de química, en la cual estaba poco ducho; este cursillo tenía por objeto defender la retaguardia de los ataques del enemigo con gases u otros productos químicos.

Todos, como yo, éramos enchufados y, como no habíamos perdido nada en el frente, no teníamos por qué ir a buscar nada al frente.

Esta respuesta di yo al director de los cursillos, un tal Señor Colomer; que aunque de ideales marxistas, no obstante, era liberal y respetaba el criterio de los demás. Como no estaba muy convencido de sus ideales marxistas por eso procuró también enchufarse para no ir al frente.

Terminada la guerra, resultó ser dicho Sr. de Granollers; tuvo que ir a Francia, debido a los cargos que había ocupado, pero como no se había manchado con sangre, pudo pronto regresar

a España. Un poco influí yo, pues hablando una vez con su familia, vecina del Convento, y habiendo sabido que él, el Director del Cursillo de química, que se había portado bien con todos los alumnos, a pesar de saber nuestra condición de sacerdotes, le hice un Aval que le permitió cruzar pronto los pirineos y reintegrarse a sus ocupaciones cotidianas.

En este cuartel estuve cerca de un mes; teníamos nuestro horario de trabajo y de paseo.

Generalmente dormía fuera del cuartel, con el fin de poder celebrar la Santa Misa. Unas veces iba a casa de las hermanas Scrrá; otras, a casa del P. José; alguna que otra vez fui a calle Notariado 3.

Un día recibí la visita del hermano Buenaventura, el cual estaba trabajando en unas obras de un refugio contra la aviación.

Con el P. Agustín Cisneros también me vi alguna vez.

Aunque los ataques aereos de los nacionales eran continuos y devastadores, no nos inmutaban ni nos metían miedo. Una noche cayó una granada en el cuartel, en los mismos momentos que un servidor entraba; pero ¡como si tal cosa!.

CAPITULO XII

EN MOYA

1º: QUE HABIA EN MOYA

Moya es un pueblo pequeño de la provincia de Barcelona, a unos 15 Kms. al norte de S. Felíu de Codina.

Allí los Padres Escolapios tenían un gran convento, que era el noviciado de la Provincia de Cataluña. Los rojos no lo quemaron. Con las andanzas de la guerra, debido a la lejanía del frente, lo convirtieron en un hospital de sangre.

En el mes de octubre de 1958, era uno de los hospitales de las brigadas internacionales, que habían venido de todos los rincones del mundo para defender el comunismo.

2º: POR QUE FUI A MOYA

Ya he dicho en páginas anteriores que al presentarme al ejército rojo en Tarrasa, la divina Providencia me ayudó palpablemente de dos formas: una, haciéndome encontradizo al único Señor que yo conocía de Tarrasa y que más podía hacer por mí, es decir, llevándome a su casa y recomendándome a su futuro yerno, que era el presidente del tribunal médico militar, el cual me dio apto para servicios auxiliares; la otra, disponiendo las cosas de tal manera que la mayor parte de los que formaban el tribunal militar fuesen sacerdotes.

Dichos sacerdotes, después de un mes, tiempo necesario para el papeleo, llevaron a la práctica el Decreto del Gobierno Negrín: Los soldados que acreditasesen ser sacerdotes, serían destinados a servicios sanitarios.

Hacia mediados de octubre llegó un comunicado a la dirección del cuartel, Tercer Centro

de Barcelona, donde se disponía que yo debía ir a prestar mis oficios al Hospital Internacional de Moyá.

3º: MI PRIMERA NOCHE EN MOYA

Fue de ORDAGO! Llegamos ya muy tarde con un ambulancia; los sanitarios de guardia nos dieron algo de cenar y... a dormir!

¿Dónde? En una sala en la que había de todo un poco: chicos y chicas, enfermeros y enferras. ¡Totum revolutum! La libertad más desenfrenada, la inmoralidad más inconcebible.

4º: MIS PRIMEROS PASOS EN MOYA

En los últimos meses de la guerra, la Quinta Columna funcionaba muy bien; por tanto, yo al ir a Moyá, me procuré antes las direcciones de varias familias de derechas.

El primer día de mi estancia en Moyá lo de diqué, terminadas mis obligaciones del hospital, que fueron pocas, a visitar a algunas de esas familias.

Eran varias, todas ellas dispuestas a recibir en su casa a un sacerdote o religioso. La que disponía de una casa con más habitaciones y en mejores disposiciones; fue la familia Olier; el marido era director de la Caja de Ahorros; su Señora una de esas santas mujeres que Dios manda a la sociedad para su salvación.

La familia estaba integrada por el marido, la esposa y tres hijos; en el hospital trabajaba y comía.

Nuestro Padre S. Francisco habrá premiado a esta buena familia, como a las demás que me recogieron durante toda la guerra, todos los sacrificios a que por mí expusieron sus vidas, y todos los MIMOS, esa es la palabra que debo emplear, que me prodigaron.

5º: NUEVA FILIACION EN MOYA

El primer día de mi llegada al hospital, lo

primero que tuve que hacer, fue legalizar mi situación.

El director del hospital era un polaco, que nada tenía de polaco, quiero decir de católico y bueno. Era un demonio en carne humana. No por nada había venido a España a luchar contra nuestra Patria y con nuestra religión.

Tenía una secretaria que era peor que él. Era de Madrid y estaban casados a lo rojo. En lenguaje cristiano, estaban amancebados.

Dicha señorita era la encargada de tomar nuestra filiación, según íbamos llegando.

Yo tenía mi documentación en regla como soldado; pero me faltaba el CARNET POLITICO, es de cir, debía justificar a qué partido político pertenecía.

Visto el ambiente a quien no podía declarar que era sacerdote; entonces dije que era maestro, con el fin de que me destinaran a las oficinas del hospital.

"Camarada: ¿Dónde está tu carnet?".

"Yo soy de la F.A.I., Señorita, pero esos canallas de la U.G.T., en las luchas que tuvimos que mantener por las libertades del comunismo, en las calles de Barcelona, en el mes de mayo de 1937, me lo quitaron. ¡No tengo carnet!".

Se lo creyó o no se lo creyó, la cuestión es que aceptó mi falsa declaración y pasé a formar parte de la plantilla de los demás soldados en el hospital.

6º: MI VIDA EN MOYA

Era corriente y moliente: vida de oficinas, entrada fija y salida fija.

Muchos paseos por aquellas carreteras; poco a poco nos fuimos conociendo y haciendo amistades.

Eramos unos tres o cuatro sacerdotes los que nos conocíamos; a lo mejor había más, que no se habían dado a conocer por motivos de pru-

dencia.

En el hospital desarrollábamos el apostolado que se podía, siempre clandestinamente, claro está. Yo llevaba la comunión a algunas enfermas, a algún médico y al cartero del cuartel que era un chico de Ciudad Real.

Entre nosotros había un grupito que nos conocíamos o como sacerdotes o como fascistas; cada día aíamos Radio Nacional clandestinamente y después nos comunicábamos las noticias.

Mis ocupaciones materiales eran: a las nueve oficina; a la una, comida. De dos a cinco, paseo por la ciudad o por los campos.

Muchos iban al cine o al baile; a mi jamás se me ocurrió ir a ninguno de estos sitios, a pesar que podía ir sin ningún escándalo de nadie, pues nadie me conocía. Otra vez experimenté que cuando uno pone de su parte lo que puede, Dios no le niega nunca la gracia necesaria.

En el cuartel hacíamos todos los sabotajes que podíamos, para contribuir así a la victoria de los Nacionales: Romper puertas, dejar los depósitos del agua abiertos toda la noche, luces encendidas día y noche, estropear papel, desperdiciar comida, etc. etc.

6º: CAMBIO DE DIRECTOR

A mediados de noviembre finalmente se retiraron todos los soldados que formaban las brigadas Internacionales, con todos sus dirigentes.

Yo, tuve ocasión de conocer allí a muchos elementos que después de la derrota de Alemania, por los aliados, ocuparían cargos políticos en algunos países de Europa. Vg. Marty, Togliati, Tito, Gomulka, etc.

Mientras estaba el director polaco, nuestras vidas estaban en peligro, pues era muy malo.

Con la marcha de este polaco, fue nombrado director un catalán: D. Enrique Mias. De ideas izquierdistas, pero liberal y respetuoso con to

dos.

Comenzó su mandato con un discurso; él se daba cuenta que en el hospital había muchos que deseaban el triunfo de Franco, por eso, desde el primer momento, dijo, que él respetaba la manera de pensar de cada uno, pero que contaba con la buena voluntad de todos para el triunfo de la República.

Unas horas más tarde me presenté en su oficina y le dije: "¡Soy sacerdote! Como Usted ha dicho que respetaba a todos y que pedía la colaboración de todos, a su disposición estoy. ¡Me da la impresión que Usted es una buena persona!"

"Tú, sacerdote; yo, masón. Quien primero encuentre la luz, que el uno se la comunique al otro".

Me autorizó a salir cada día fuera a celebrar; me insinuó organizar el Comisariado de Culto y Clero en el cuartel; cosa que no se pudo llevar a cabo por la precipitación de los acontecimientos; la noche de Navidad le invitó a la Misa del Gallo en la casa donde yo estaba, pero amablemente declinó la invitación.

Tenía un sobrino médico en el cuartel, muy católico y de derechas, y amigo mío; tenía también dos hijas, grandes ya, de dieciccho a veinte años, buenas pero muy frías en religión, por lo que pude deducir de alguna conversación con ellas.

7º: MISIONES ESPECIALES

Mientras estuvo el director polaco, mi único trabajo fue en las oficinas: listas y más listas de soldados que entraban y salían. Por cierto que una o dos veces me llamó la atención el director, cuando le llevaba las listas a la firma, por lo mal que las hacía. "Si no sirves para escribir a máquina, me decía, vete al frente con un fusil".

Al entrar el nuevo director catalán, cobró.

confianza con un servidor y me asignó tres misiones especiales.

A) Cada día debía recorrer todas las salas del hospital y dar de alta a los heridos para regresar al frente. ¡Ni que decir tiene que eran muchos los que me suplicaban esperar más días, y que yo, de acuerdo con algún médico, atendíamos las peticiones de los combatientes!.

B) Me encargó, así mismo, de que me preocupase de llevar a la cárcel, los que con permiso o sin él, regresaban más tarde de lo debido al hospital. Esta cárcel consistía en una habitación, donde debían pasar encerrados tres o cuatro días los infractores.

C) Conducir en autobuses militares, casi a las primeras líneas del frente, a los que ya estaban curados de sus heridas o médico convalecientes de las mismas. Muchas veces, cuando iba en estos autobuses como jefe de expedición hacia el frente, me decía a mí mismo: "¡Pobres soldados, si supiese alguno que es precisamente un sacerdote el que os lleva al pie del matadero!".

82: UNA NOCHE DE GUARDIA

Desde que me presenté a los rojos, jamás toqué un fusil o pistola, pero ya a finales de diciembre, cuando se rumoreaba que los nacionales se acercaban a Manresa, ordenaron que se montase un servicio de vigilancia y defensa por si acaso llegaban los fascistas.

A mí me dieron un fusil y me determinaron el tiempo de guardia. Con mucha calma y tranquilidad cogí mi fusil, pero con la intención de no disparar un tiro caso que llegasen las tropas de Franco; por el contrario, facilitarles la entrada en la ciudad y hospital.

Afortunadamente aquella noche no sucedió nada; pasó mi hora de guardia y entregué mi fusil al que me relevó, el cual tampoco tuvo que hacer uso de él, porque los nacionales retrasaron su

entrada unos días más.

9º: LISTA FATIDICA

El régimen del hospital era el siguiente: Había un director para todos los servicios sanitarios del hospital y un comisario político para el espionaje, control, vigilancia de todo el personal. Era el cargo más delicado del hospital; generalmente eran escogidas personas de absoluta confianza del Gobierno, para el desempeño de dicho cargo.

Hubo cargo de director de hospital, como antes he dicho, pero no hubo cambio de comisario político en todo el tiempo de mi estancia en Moya.

Una vez perdí yo la cartera, la encontró un soldado y se la llevó al comisario político, que era un andaluz, hermano del famoso torero, El Niño de la Palma.

Una tarde me llama a su despacho y, sin mediar más palabras me dijo: "¡Camarada, toma, esto es tuyo!".

Yo llevaba en mi cartera mi documentación roja, en la que constaba mi condición de sacerdote.

Nosotros teníamos un concepto muy malo de dicho comisario; efectivamente así fue.

Dos o tres días antes de entrar en Moya los nacionales, el comisario y algunos otros jefes políticos rojos, abaniconaron el hospital y huyeron hacia Vich. El director me encargó a mi y a otros tres o cuatro de poner en orden toda la oficina. ¡Cuál no sería nuestro asombro, cuando encontramos una lista fátidica de unos cuarenta o cincuenta hombres fascistas del hospital, destinados a fusilamiento, por orden del comisario, a ser llevados a las inmediaciones del frente y ser colocados en los lugares más peligrosos!

¡Nueva intervención de la Providencia que no dio tiempo suficiente a los Agentes Rojos pa-

ra llevar a efecto sus perversas intenciones!.

Á los ocho días supe que los nacionales, al tomar Vich, cogieron prisionero al mencionado comisario y lo fusilaron en el acto. ¡Qué el Señor haya tenido misericordia y le haya perdonado, como yo le perdono de todo corazón!.

CAPÍTULO XIII

LA RETIRADA

12: EN ARENYS DE MUNT

Cuando ya las tropas de Franco se acercaban a Manresa, nuestros jefes dieron orden de retirada.

Aprisa y corriendo fuimos a Barcelona; heridos y sanitarios fuimos llevados al Colegio de Jesús María, en el Tibidabo, que hacía de hospital.

Yo no hice nada más que acto de presencia, pues me fui a pasar la noche en casa de las hermanas Serra, Calle Trafalgar 58.

Reinaba ya la confusión y el desorden en todas partes; de haber hecho caso a dichas hermanas, yo no debiera haber ido de nuevo al hospital, si no haber esperado en Barcelona a las tropas de Franco.

Pero para evitar el peligro de ser denunciado como desertor en los últimos momentos.

Volví al hospital, dispuesto a esperar acontecimientos.

Por la noche, en un tren, nos llevaron hasta San Celoni, de allí en autocares militares, nos condujeron a una fábrica de Arenys de Munt, convertida en hospital.

Como de costumbre, lo primero que hice fue buscar una familia cristiana con el fin de celebrar cada día la Misa; cosa que encontré fácilmente.

22: MI VIDA EN ARENYS

Aquí ni hacíamos nada, ni podíamos hacer nada tampoco; los nacionales iban avanzando y cada día el pánico por todas partes.

Avalanchas y avalanchas de prófugos y criminales de guerra que invadían y ocupaban todas las carreteras.

Por tanto los que habíamos huido de Moya nos pasábamos las horas esperando el desenlace final de la guerra.

3º: UNA BUENA OBRA

En Arenys de Munt tenían los rojos concentrados a unos cincuenta prisioneros nacionales cogidos en Belchite.

Los tenían en una habitación a todos juntos, para asesinarlos en los últimos momentos, como hicieron con el grupo del Dr. Polanco, Obispo de Teruel.

Una tarde nos pusimos de acuerdo unos médicos y yo, y un farmaceútico de Barcelona para evitar la muerte segura de esta pobre gente.

Hacía guardia de esta sala un soldado armado; yo le pregunté qué finalidad tenían las armas dentro de un hospital; que las armas estarían mejor en el frente, defendiendo la República.

Al responderme que vigilaba estos prisioneros de Belchite, le pedí permiso para entrar y "decirles cuatro frescas".

Entré en la sala, al principio con aire de amenaza y desprecio; pero cuando vi que nadie me observaba, les declaré mi condición de sacerdote. Ellos se rehicieron, cobraron ánimo y confianza; les dije que dentro de una hora se repartiesen como pudiesen, cada uno por un sitio del hospital, pues iban a venir los rojos en su búsqueda para matarlos.

Obedecieron; ellos, yo y los que pudieron nos escondimos donde pudimos. ¡Fue nuestra salvación!. Efectivamente, tal como lo tenían previsto, se presentaron tres camiones en busca de los prisioneros de Belchite; pero como los legionarios estaban ya entrando en la ciudad, no tuvieron tiempo de registrar el hospital. Así salvamos la vida de estos héroes.

4º: ENTRAN LOS NACIONALES

Un día entero estuvimos esperando que llegasen las tropas nacionales; veíamos cómo desfilaban por los campos, pero no entraban en la ciudad; es que la rodeaban formando las famosas bolsas.

Ese día entero nadie se movió del hospital. Todo el día encerrados.

A pesar de la cercanía de los primeros soldados nacionales, los últimos rojos, desde una pequeña colina que circunda Arenys, seguían disparando las ametralladoras hasta el último momento. ¡Hasta que finalmente a últimos de enero, a las cinco de la tarde, hicieron acto de presencia en el hospital los primeros soldados de Franco, en medio de una alegría indescriptible por parte de todos: civiles y militares!.

¡Qué espectáculos pude presenciar! ¡Hombres y mujeres que habían pasado tres años enteros escondidos en sus casas o en las casas de sus amigos, buscados por todas partes para ser asesinados! ¡Qué caras más pálidas! Pero ¡qué alegría!.

5º: MISA DE CAMPAÑA

Al día siguiente, lo primero que hicimos fue celebrar una Misa de campaña, en acción de gracias por la libertad obtenida.

Yo hice de diácono al Pater Castrense. Habían huido muchos, pero no pudieron huir todos los que quisieron, por falta de tiempo y medios de transporte. ¡Qué sorpresa se llevaron algunos rojillos, compañeros míos de cuartel durante tres meses, cuando vieron que yo era sacerdote!.

¡Llovían ruegos y súplicas para que intercediese por ellos. ¡Todos eran inocentes, ninguno había hecho nada!.

Hice lo que pude por todos y cada uno de ellos.

CAPITULO XIV
EN GRANOLLERS

1º: POR QUE NO FUI A UN CAMPO DE CONCENTRACION

Una vez liberada la ciudad de Arenys, vino la clasificación del personal detenido de la población y de los nuevos desertores que iban llegando.

Como ya expliqué en el capítulo anterior, el salvar a los prisioneros de Belchite, me salvó también a mí y a unos cuantos más de ir a un campo de concentración hasta que llegase la depuración.

Un alférez provisional era el jefe de los prisioneros; desde el primer momento me dijo que no me preocupase; que yo podía regresar directamente a mí Convento, sin pasar por ningún campo de concentración; que él me avalaría y respondería por mí.

2º: CAMINO DE GRANOLLERS

Así, fue en efecto; tuvimos que esperar todavía dos o tres semanas en Arenys, por falta de medios de transporte, pero la primera ocasión que se presentó fue para mí: el alférez me autorizaba a regresar directamente al Convento.

Con un camión militar emprendí viaje a Granollers, a mi Convento, del cual había estado ausente tres años.

CAPITULO XV
EN EL CONVENTO

1º: COMO ESTABA EL CONVENTO

Los rojos quemaron la Iglesia y el Convento. La Iglesia estaba sin las bóvedas y el tejado, aunque no completamente.

Los nacionales en su avance hacia la frontera la habían convertido en depósito de municiones. ¡Bombas, obuses, fusiles, cartuchos, todo esto encontré en la Iglesia!.

En cuanto al Convento, si bien lo quemaron en su principio, durante la guerra lo habilitaron para colegio, y puedo decir que lo encontramos mejor que lo dejamos. Todo bien acondicionado, con mosaicos, buenos servicios, etc.

Unicamente dejaron sin reparar una parte del Convento: la parte correspondiente a lo que es hoy, año 1974, biblioteca y, a la parte superior de las habitaciones que ocupan hoy los padres.

También el Convento estaba lleno de armas.

2º: COMO SE ORGANIZO NUESTRA VIDA

El primero en llegar al Convento fue un servidor; a los tres o cuatro días lo hizo el hermano Buenaventura; una semana más tarde se presentó el hermano Pedro Melero, que venía directamente de la cárcel de Figueras.

En cuanto a los Padres: El P. Agustín Cisneros, estuvo un mes todavía en Barcelona, liquidando el colegio que tenía; el P. Antonio Vicente, siguió en Barcelona un mes más; el P. José, no pudo regresar al Convento, porque debido a una enfermedad contraída los últimos meses, por falta de comida, tuvo que irse a descansar a un pueblecito de las cercanías de Vich, atendido por las hermanas Serrallonga y Serra.

Según íbamos llegando al Convento, las buenas familias de Granollers nos acogían en sus casas para comer y dormir.

Yo estuve en varias; donde más tiempo estuve fue en casa de la viuda Gassó.

3º: NUESTRAS PRIMERAS MISAS

Durante un mes o dos, celebramos la Misa en la confitería del Sr. Masachs, calle Generalísimo.

Después nos fuimos ya al Convento, habilitando una sala inferior del mismo, bastante capaz.

4º: RECONSTRUCCION DE LA IGLESIA

Como dije antes, la Iglesia había quedado casi totalmente destruida en su parte alta.

Dado que la parroquia de S. Esteban de Granollers había sido reducida a ruinas por completo, se formó inmediatamente una comisión para la reconstrucción de los templos de la ciudad.

Al ser transladado a Barcelona el Sr. Recto de Granollers, Don Enrique Sacasas y, quedar vacante unos meses dicha parroquia, fue una buena ocasión para que la junta de reconstrucción dirijirse todos sus esfuerzos en buscar fondos para nuestra Iglesia.

Se distinguieron unos miembros de esta junta, por todo lo que hicieron por nuestra Iglesia los Señores Icart, Barceló y Riverter.

Al cabo de un año estaba la Iglesia completamente reconstruida.

5º: LLEGAN NUEVOS REFUERZOS

Habíamos salvado nuestras vidas dos hermanos y cinco padres: P. Antonio Vicente, P. Agustín Cisneros, P. José Gómez, P. Gregorio Millán y un servidor. Y los hermanos Pedro Melero y Buenaventura Remón.

El P. Gregorio Millán pudo huir a Italia.

En Italia estaban también al comenzar la guerra, terminados sus estudios, los Padres: Jesús Díez, Bautista Díez, Rómán Villa y Emilio Gonzalbo.

Tan pronto como fue posible, el P. General, P. Beda Hess, mandó a España a dichos religiosos, comenzando así, la vida regular de nuestra Comunidad, interrumpida durante tres años de una manera violenta y brutal.

6º: SEMEN EST SANGUIS CHRISTIANORUM

Al dar fin y pergeñar malamente estas breves notas de mi vida y de la de mis compañeros de la Comunidad de entonces, quiero terminar con estas palabras de nuestro P. S. Francisco, al conocer la muerte de sus primeros hijos por tierras de Marruecos:

"¡Ahora si que puedo decir que tengo verdaderos frailes Menores!".

Nuestra Orden en España pasó treinta años, desde 1905 hasta 1936, sin apenas poder fundar, si no un pequeño Convento.

Concluida nuestra guerra Civil por las armas visteriosas de nuestro invicto Caudillo, en otro periodo idéntico de tiempo, he visto multiplicarse sus Seminarios, Conventos, Colegios, Parroquias, de una manera prodigiosa

Verdaderamente que la sangre de nuestros Mártires ha hecho descender del cielo copiosa gracia y bendiciones sobre nuestra Provincia: !Semen est sanguis christianorum!

7º: NOBLEZA OBLIGA

No sé si recordará el lector lo referido en la página 35 de estas memorias.

Cuando los miembros del Comité de Granollers en la carretera de Caldas de Montbuy, dispararon cuatro tiros para asustarme, yo intenté huir y perderlos de vista en medio de los bosques.

Cuando no pude correr más y mis fuerzas físi

cas se agotaron, unos campesinos me rodearon y, uno de ellos levantó su horca para descargar su rudo golpe sobre mis espaldas, en medio de unos trigos que inclinaban ya sus frutos dorados.

¿Razones? ¡Sencillamente porque los religiosos eran unos gandules, inútiles y nocivos para la sociedad!

Yo entonces le dije que los religiosos trabajábamos siempre; que no hacíamos mal a nadie; que nuestra misión era continuar la obra redentora de Cristo que: Pasó haciendo el bien en to das partes y derramándolo a manos llenas.

Pues bien: una tarde de los primeros días, después de nuestro regreso al Convento, volvía yo, por la carretera de Caldas, de hacer una visita a mi bienhechor Sr. Isidro Durán. A cierta distancia veo que sube un hombre en dirección contraria a la mía, hacia Beljuay. Me parece repentinamente recordar aquella cara, aquellas facciones; esforzando la memoria, me doy cuenta que se trataba de aquel Señor que por los campos de Llisá de Munt me quería matar con una horca en los primeros días de la guerra.

"¡Buenas tardes, Señor, buenas! Me parece recordarle a Usted!".

"Tal vez", repuso él muy tranquilo.

"¿No estaba Usted, el año 1936, el mes de julio, trabajando en casa de Can Puyal de Llisá de Munt?".

"¡Si por cierto! Y ¿qué interés tienen es-
tas cosas pasadas hace tres años?".

Como yo todavía iba vestido de "miliciano" no podía imaginar con quien podía hablar. Entonces le digo:

"Recuerda Usted que una tarde de julio, U-
sted con otras personas, rodearon a un religioso
en pleno campo, cuando dicho religioso escapaba
de las manos del Comité de Granollers y, Usted
levantó la horca para matarme, después de mu-
chos improperios?".

Le salen los colores a la cara, se ruboriza; se pone de rodillas y, llorando me suplica le perdone, porque dice, "no sabíamos lo que hacíamos".

"¡Buen Señor! Recuerda entonces lo que yo le dije: que los religiosos y sacerdotes éramos personas buenas; que no hacíamos mal a nadie; que nuestra misión era hacer bien a todos. Su vida está en mis manos en estos momentos políticos, pero, vaya en paz y gracia de Dios, que yo no pienso decir nada a nadie, ni denunciarlo a la justicia".

Termino como comencé estas páginas: el ideal de todo religioso en los conventos ha de ser: ¡Trabajar, hacer bien a todos, ser luz del mundo, sal de la tierra, para que, en expresión de S. Pablo, "los que no nos conocen, los que nos odian, se avergüencen y no puedan decir nada mal de nosotros"!.



CAN CAMP



PLAZA DEL
PADRE CASTRO

TU BARRIO NO TE OLVIDA
PARQUE ALCOSA (SEVILLA)

Al Padre Castro
10-7-2000
En agradecimiento
a una vida de entrega
a nuestros hermanos